

NIÑOS DE LA BIBLIA.



EL REY ASUERO Y AMAN.

XXXII.

ESTHER.

En los tiempos en que los poderosos y altivos monarcas de la Persia tenían subyugado al pueblo de Israel que gemía cautivo en tierra extraña, cual si Dios hubiese apartado de él su mano omnipotente, fué llevada al palacio del opulento rey Asuero una jovencita llamada Esther, israelita y sobrina de Mardoqueo, varón de los mas respetables entre todos los del

pueblo judío. Era tal la hermosura de la jóven, que descollaba entre todas las escogidas beldades que desde todos los puntos de tan vastísimos reinos, se traían para ornato del palacio y servicio de los monarcas. Pero lo que hacia sobremanera interesante a Esther, y mas que su hermosura contribuía a que en ella se fijasen todas las miradas, era su modestia y una dulzura de carácter que le granjeaba la estimación de todos. Así es que, cuando el rey Asuero repudió a su esposa la altiva Vasthi, y cuando tantas peregrinas beldades, tantas princesas de ilustre origen podían aspirar a la

Agosto de 1849,

TOMO III. 15

mano del monarca, éste fué á fijar su eleccion en la humilde Esther, la única que contempló digna de ser su esposa. Tanto honor y tan inesperada eleccion no deslumbraron á la jóven israelita: todo al contrario, con pesadumbre y hasta con terror, supo que iba á reemplazar á la reina Vasthi. La pompa de la corte del rey Asuero, el aire altivo é imponente de tan despótico monarca, y los actos de severidad que tan frecuentes eran bajo su administración de justicia, tenían intimidada á la tierna jovencilla, en cuyo corazon solo hallaban cabida los afectos de ternura y de benevolencia.

Ya era sabida de todos la intencion del rey, y Esther aun no creia posible que ella pudiera sentarse en el trono de Persia, para lo que se le representaban gravísimos inconvenientes; pero su tio Mardoqueo, consultado como siempre en esta ocasion por ser el natural director y amparo de la jóven, conociendo que algun misterio de Dios en favor de su pueblo se ocultaba en aquella inesperada eleccion, animó la timidez de Esther, convenciéndola de que evidentemente entraba en los designios de la Providencia el que ella cambiase su condicion de esclava humilde por la de reina soberana.

—El corazon de los reyes, decia, está en manos de Dios, y su voluntad soberana es la que dirige la de los príncipes.

Esther se resignó, y á poco tiempo el mismo rey Asuero colocó sobre sus sienes la resplandeciente diadema de las reinas de Persia. La nueva posicion en nada cambió su conducta: fiel á la religion de sus padres, sin que esto fuese un obstáculo para el cumplimiento de sus deberes, no hallaba mas grato placer que el de aliviar el infortunio, esperando siempre la ocasion de prestar algun importante servicio al oprimido pueblo de que ella descendia; ocasion y muy solemne que no tardó en presentársele.

Aunque los nuevos deberes de Esther y la etiqueta de la corte tenían casi interrumpida su comunicacion con sus infelices compatriotas, no alcanzaba esta privacion á Mardoqueo, que

ya á impulsos de su celo, ya por los ingeniosos medios que hallaba su sobrina, conseguia verla muchas veces, siendo inesplicable el consuelo que ambos recibían con esta entrevista, y el regocijo del respetable varon al ver á Esther tan serena y tan feliz.

Llegó un dia, sin embargo, en que Mardoqueo apareció con el rostro demudado, con el cabello cubierto de ceniza y arrastrando losce y lúgubre sayal. A semejante vista, y antes que su tio pronunciase una palabra, Esther salió á su encuentro consternada, exclamando:

—¡Dios mio! ¿Qué es lo que sucede?

—Perdidos somos todos, Esther, exclamó dolorosamente Mardoqueo: no bastaba el gemir en tierra estraña, lejos de las orillas queridas del Jordan: no bastaba el ver proscripto el culto de nuestros mayores, y abandonado el alcazar de Sion: hoy el inexorable Asuero, instigado por pérfidos consejos, decreta el completo exterminio de toda nuestra raza, y es forzoso que Israel perezca, para saciar el vengativo rencor de nuestros enemigos.

—¿Será posible? ¿Y es mi esposo el que ordena tal crueldad?

—Fijado está por él mismo el plazo fatal.

—¿Y quién le ha sugerido tan funesto designio?

—Aman, el impio Aman; de raza amalecita, es el que se ha prevalido de su privanza con el rey para perdersenos, ofendido de que cuando todos á su vista se prosternan, solo yo, desafiando sus miradas, permanezco con la frente erguida, y no doblo la rodilla, que solo deboincar ante el soberano Hacedor de cielo y tierra.

—Sí, hincemos la rodilla ante el Dios que juró alianza con nuestros padres, y que no debe abandonarnos. Solo él puede confundir al impio Aman, y solo en él debe fijarse la esperanza del pueblo de Israel.

—La esperanza del pueblo se cifra en este momento en ti, querida Esther.

—Pues bien, pronta estóy; decid ¿qué debo hacer?

—Presentarte inmediatamente al

rey, é ilustrar su ánimo, revelar le tu origen é interceder por todos tus hermanos, cuya inocencia debe hacerse palpable. ¿Tendrás valor para arrostrar la cólera del monarca?

—Dios medará resolución suficiente. Perded cuidado, yo me presentaré al rey.

Con estas palabras, Esther pronunciaba su sentencia de muerte. Era tan terrible la etiqueta de la corte de Persia, y tanto el prestigio que aquellos despóticos soberanos creían adquirir haciéndose invisibles, que estaba fulminada sentencia de muerte contra el que osaba comparecer en la presencia del monarca, sin que éste le llamase ó le diese su vénia. Esther no ignoraba esta circunstancia; pero contenta en sacrificarse por su pueblo, y atendido lo urgente del caso, fué sin tardanza á penetrar en la régia camara. Mas cuando apareció á su vista el monarca sentado en su trono, y rodeado de todo su esplendor, al primer ademán hostil que hicieron los guardias, admirados de tanta audacia, Esther perdió todo su valor.

Asuero, notando con sobresalto la alteracion de Esther, y conociendo que solo un motivo muy grave y muy extraordinario pudiera haberla impulsado á dar aquel paso, se apresuró á tranquilizarla, y estendió sobre ella su aureo cetro en señal de proteccion, y de que nada tenia que temer por su vida. Sin embargo, era tal la turbacion de Esther, que no se atrevió por entonces á revelar todo el objeto de su venida, y únicamente suplicó al rey fuese servido de asistir á un banquete que ella preparaba, y mandase que Aman el favorito compareciese allí tambien. Muy diferente efecto produjo esta invitacion en los dos personajes á quienes iba dirigida. Aman, ciego de orgullo, y creyendo cada vez mas asegurada su influencia, viéndose invitado á la mesa de la reina, mandó levantar una horca muy alta en la que habia de ser colgado Mardoqueo, satisfaciendo con esta distincion una venganza personal. Asuero, cuidadoso con la extraña pretension de su esposa, que encerraba algun grave misterio,

no pudo conciliar el sueño en toda la noche, mandando, por distraerse, que le leyesen los anales de su reino, en los que cuidadosamente se iban anotando todas las acciones memorables. Entre estas llamó sobremanera la atencion del rey la de un hombre desconocido, llamado Mardoqueo y judío de origen, que habia descubierto la tentativa de unos eunucos que iban á asesinarle, accion loable, que observaba el rey con disgusto habia quedado sin recompensa.

Como Aman era todavia su consejero favorito, le llamó para consultarle y le dijo:

—Necesito ahora mas que nunca ¡oh! Aman, de tus ilustrados consejos, pues tengo, aunque tarde, que cumplir una deuda de gratitud que en mengua mia no he satisfecho hasta ahora.

—Hablad, señor, bien sabeis que solo vuestro interés y el decoro del trono es el norte de mis consejos.

—Dime, qué deberé yo hacer para dar digna recompensa á mi mas leal vasallo, al que me ha hecho un servicio de la mayor importancia. Sugiere-me una recompensa que sea digna de mi.

El orgulloso Aman, creyendo que era él á quien el rey aludia, y ansioso de gloria mundana y honores que tanto le lisonjaban, trató de aprovechar la ocasion, contestando:

—Para que esa recompensa que preparais no sea una recompensa vulgar, es preciso apartarse de la costumbre hasta ahora seguida y con eso el premio sera notable, no solo en si mismo, sino por lo nuevo y extraordinario. Yo creo, gran rey, que se debe revestir con la púrpura régia y con vuestra misma diadema á ese leal vasallo, que montado en el mejor de vuestros arrogantes caballos, pasará en triunfo las calles de la capital, siendo el primer magnate de la corte el que, llevando al caballo del diestro, anuncie al pueblo que se prosterne ante el favorecido del monarca.

—Hágase todo cuanto sabiamente me aconsejase: revístase con mi régio trage al judío Mardoqueo, recorra en triunfo las calles de la capital, y tu

Aman, tú mismo, llevando el caballo de la rienda, anuncia en voz alta al pueblo, que así es como el rey Asuero premia el mérito donde quiera que se halle y recompensa la fidelidad.

Ni el rey esperó réplica, ni Aman pudiera darla aterrado como quedaba. Tuvo que devorar su afrenta y resignarse a tal humillación, siendo esto solo el principio de su desgracia. La reina, conociendo por este suceso que Dios se manifestaba en favor suyo, reveló en el festín al poderoso Asuero el abuso que Aman había hecho de su privanza, intercedió sin rebozo en favor del oprimido pueblo de Israel, y suplicó encarecidamente á su esposo, revocase la sentencia de muerte que contra ella y todo su pueblo había fulminado á instancias de Aman, enemigo declarado de los israelitas.

Asuero sorprendido, accedió á cuanto quiso la bella Esther; mas cuando comprendió que Mardoqueo era tío suyo, y que aquel hombre á quien él tanto debía, estaba también destinado á perecer, cuando supo en fin que Aman por un refinamiento de crueldad, había dispuesto una alta horca para gozarse en la singular é ignominiosa muerte de su enemigo, entonces su indignación llegó al mas alto grado, y en el primer arranque de su cólera mandó que Aman fuese colgado de aquel afrentoso patíbulo, y que Mardoqueo, ensalzado á la mayor dignidad, anunciase la revocación de la cruel sentencia á todo el pueblo judío que en agradecimiento á las bondades del Eterno, instituyó una solemne fiesta para perpetuar la memoria de este suceso.

F. F. VILLABRILLE.

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

XV.

WAMBA.

Recesvinto no dejó hijos que le sucediesen, y sus hermanos no habían merecido las simpatías del pueblo, de manera que los godos no acertaban á dar con un hombre que en su concepto se hiciese digno de la real diadema. Existía, sin embargo, en las cercanías de Toledo un personaje de ilustre nacimiento, de costumbres buenas, y que en tiempos anteriores había ejercido cargos de bastante importancia; pero habiendo encontrado felicidad escasa en los altos puestos que ocupara, se retiró á la vida privada sin manifiesta inclinación al bullicio de la corte. Llamábase Wamba; y en este hombre se fijaron los godos para la elección del nuevo rey que debía regir los destinos de la monarquía goda.

Con efecto, después de haber examinado los electores las buenas cualidades de Wamba, y prometidos los mejores resultados de tan acertada elección, acudieron á su casa los mas principales godos y le manifestaron el objeto de aquella inesperada visita.

—Wamba, le dijo un duque: los godos miran en tí las prendas que son necesarias á un rey, y hartos de experimentar desengaños esperan de tu buen juicio la prosperidad de nuestra combatida nación. Sé nuestro rey, pues unánimes te proclamamos.

—Nunca, exclamó Wamba con el rostro encendido.

—¿Te negarás? preguntóle uno de la comitiva.

—Me negaré; sí, respondió Wamba con entereza.

—¿Qué razón arguyes para tan resuelta oposición? le preguntó el duque.

—Muchas, repuso Wamba. Estoy muy cargado de años, y por consecuencia incapacitado para el desempe-

ño de asuntos tan áridos que necesitaban una perpétua vigilancia, y el calor de que desgraciadamente carezco. Y sobre todo, he vivido mucho tiempo entre los reyes, conozco á los cortesanos, y la misma experiencia me haría dictar disposiciones con las cuales no se avendrían nunca mis subordinados. Soy demasiado rígido...

—Un rey de esa naturaleza es precisamente lo que necesitamos, interrumpió la comitiva.

—Señores, dijo Wamba algo mas tranquilo. Dejadme en el seno de mi familia. Hoy me hallo querido de todo el mundo, y siendo rey tendré necesariamente que ser aborrecido, y acaso tambien de aquellos que actualmente dan muestras mas visibles de apreciarme.

Continuaron gran tiempo los ruegos de los electores, y la resuelta negativa del anciano, y despues que aquellos agotaron todos los medios de



¡ELIGE, WAMBA!

la persuasion recurrieron á la violencia, y el conde que mas habia hablado en esta entrevista desnudó la espada, colocó la punta en el seno del anciano, y exclamó:

—¡Elige Wamba!

—¿Qué? preguntó este asustado.

—La corona ó la muerte.

Aun en esta situacion comprometida, no supo Wamba qué aceptar mejor; mas viendo la resolucion de sus parciales, y que todos habian desnu-

dado sus espadas, y creyendo mejorar la suerte de su nacion, aceptó la corona; y como todos conocian la firmeza de su carácter, y que dando una palabra jamás retrocedia, embainaron los pretendientes sus espadas y se ausentaron tranquilos.

Llegaron á Toledo, y anunciaron la feliz nueva, no omitiendo los pormenores que habian precedido á la eleccion, y se dispusieron á proclamar á Wamba rey de los godos. Sin embar-

go, conociendo el anciano candidato lo mudable que son los pueblos en esta y otras circunstancias, solicitó un plazo, aunque corto, para arreglar los asuntos domésticos antes de entregarse a los públicos, por cuyo medio imaginaba que el pueblo variaría de pensamiento, y elegiría a algún otro personaje; mas esta vez fueron constantes sus electores, y esperaron a Wamba todo el tiempo que quiso, por lo cual pasó éste a Toledo, y ciñó la corona diez y nueve días después de haber sido proclamado. Luego que se vió con las investiduras reales, se dirigió al pueblo con este breve discurso:

—No es mi voluntad, ciertamente, la que me ha colocado en el trono. Hice cuanto pude para evitarlo, pero una obstinación singular de mis electores pusieron la corona de los godos sobre mi cabeza. Pido al cielo no llegue el caso en que tengais que arrepentiros de esta elección.

En seguida le rindieron sus vasallos el mas sumiso acatamiento, y Wamba se contempló en toda la plenitud de sus derechos.

Mas este anciano, que al rehúsar la corona, lo hacía por temor a la vejez popular, vió bien pronto justificado su vaticinio por los acontecimientos que poco después sobrevinieron.

Se alteraron los vascongados y negaron la obediencia a Wamba, ejecutando otro tanto los de la Galia gótica. El rey entonces llamó a Paulo, capitán de los godos, aunque griego de nación, y escuchó estas palabras de la boca del soberano:

—Paulo; reconozco en tí a uno de mis mas fieles servidores: tú tambien fuiste del número de los que penetraron en mi tranquilo domicilio para obligarme a ceñir la corona; en su consecuencia me atrevo a esperar de tí grandes cosas.

—Manda, señor, le respondió Paulo, mi espada y mis conocimientos militares solo se dedicarán al mejor servicio de tu monarquía.

—Bien, prosiguió Wamba. Los vascongados se niegan a prestarme obediencia, y allende los Pirineos tam-

bien se han levantado contra mí. Los vascongados experimentarán un terrible escarmiento, pues yo mismo trato de acudir con mis gentes a remediar este daño; pero tú marcharás con un fuerte ejército para someter a los de las Galias.

—Siempre me verás dispuesto a servirte, respondió Paulo inclinándose.

Con efecto, marchó Paulo con visibiles intentos de sofocar la rebelión, pero su hipócrita y pérfida condición escondía diferentes designios. Antes de llegar a las Galias, redujo a los soldados a que se uniesen a los malcontentos, y logró que le abriesen las puertas de algunas fortalezas importantes, y hasta las ciudades de Barcelona y Narbona negaron la fidelidad a Wamba, y acogieron a Paulo con entusiastas aclamaciones.

—Supo Wamba la perfidia del capitán en quien habia depositado su confianza, reprimió su justa indignación, y dijo con acento tranquilo:

—A todo pondré remedio: ya conocerán los traidores que este hombre tan aficionado al sosiego de la vida doméstica sabe tambien desplegar toda su energia para castigar a los que se le muestran rebeldes.

Reunió su hueste, y a marchas forzadas llegó con increíble rapidez sobre los revoltosos montañeses de la España septentrional, a los cuales derrotó en varios encuentros, y los obligó a implorar arrepentidos su misericordia. Combatido este primer mal, fácilmente se concibe que Wamba quedaba ya mas desembarazado para dedicarse enteramente a la guerra de las Galias, mas formidable que aquella de que acababa de salir vencedor.

Sin embargo, Paulo no se dormía, y empleaba medios arteros y artificiosos para que los godos de las Galias le proclamasen rey. Habia reunido a las personas mas principales de aquella tierra, y pintádoles con muestras de menosprecio las costumbres de Wamba.

—¿Puede por ventura ser rey, decía, un hombre acostumbrado a la inerte quietud de los viejos cansados de la vida? ¿Cómo empuñará dignamente el cetro, un hombre nacido para guardar

ovejas ó para guiar el arado? Recoja en paz la mies de los fértiles campos de España, y abandone el trono que profana con su humilde presencia.

Con esto, con halagar las preocupaciones populares de aquella gente, y mancomunando sus intereses con los de los principales caudillos, cimentó la rebelion, y al poco tiempo se vió proclamado rey, y ciñó la corona en la capital galo-gótica de Narbona. Envalentonado con su nuevo estado, se arrojó enteramente la máscara con que hasta entonces habia ocultado sus traidores designios, y dirigió á Wamba una carta insultante concebida en los términos siguientes:

«Salud, rey de las selvas; Paulo te saluda y desea que vuelvas á empuñar el azadon, y que guies felizmente tus yuntas, guardes tus rebaños, y la memoria de tu vida sea eterna cuando la escriban los animales.»

Wamba dejó ver una amarga sonrisa cuando terminó la lectura de esta carta, y exclamó suspirando:

—Ya lo veremos, Paulo.

Reunió sus tropas el prudente rey y se encaminó la vuelta de Cataluña. Dividió su ejército en tres cuerpos; uno se embarcó, otro se encaminó por opuesto lado á los Pirineos, y Wamba con el tercero se dirigió á Barcelona, á la cual puso cerco muy apretado, y al poco tiempo logró someterla á la obediencia, cogiendo prisioneros á Hilderico y Ronasindo, que eran los dos principales caudillos de la rebelion.

Cuando llegó esta triste nueva á los oídos de Paulo, que se hallaba en Narbona, pensó fundadamente que esta victoria alentaría al rey verdadero: llamó al duque Witimiro, general de toda su confianza, y le dijo:

—Witimiro, el viejo acaba de lograr una completa victoria en Barcelona; nuestros parciales han sido vergonzosamente derrotados; pero yo confio en que no sucederá lo mismo en Narbona, cuya ciudad te dejo encomendada para que me la defiendas con todo el valor que te distingue....

—Pero tú... interrumpió Witimiro.

—Yo parto á Nimes; para alentar allí á mis leales, pues dicha poblacion

es el punto destinado sin duda á nuestra salvacion si perdemos á Narbona.

—No esperes semejante desastre exclamó Witimiro. Nuestras tropas están decididas á defenderte y confian en la victoria.

—¿Que el cielo escuche tus palabras! repuso Paulo.

Este no se detuvo y partió inmediatamente para Nimes, en tanta que el victorioso monarca marchaba sobre Narbona muy confiado en terminar la guerra con la toma de esta capital; pero Witimiro, alentado con el entusiasmo de sus tropas, y queriendo demostrar que era digno de la confianza que en él habia puesto el usurpador Paulo, arengó á los soldados y á los vecinos de la ciudad para que se dispusieran á hacer la resistencia mas ardorosa y ostinada.

Mientras tanto seguia el impávido Wamba su proyecto, y llegó á sentar sus reales frente á la capital. Los sitiados se asomaron á los muros y comenzaron á dirigir á los sitiadores los mas inauditos improperios, con lo cual se enfurecieron las tropas reales y pidieron con desaforados gritos la señal para dar principio al asalto. No pudiendo Wamba contener á sus soldados dió la señal: en gruesas columnas avanzaron contra la ciudad arrollando cuanto se oponia á su transito; pusieron escalas, subieron á las murallas, entraron en la plaza, y en sus mismas calles se renovó el combate, donde sitiados y sitiadores dieron vivas señales de furia y braveza; mas últimamente sucumbieron los primeros al inusitado vigor de las armas reales.

Witimiro, que perdió toda esperanza de victoria al ver la poca misericordia de los asaltantes, se refugió á una iglesia, y quiso salvar su vida escondiéndose detrás del altar de la Virgen; pero hasta allí le persiguieron los de Wamba, y como intentase resistirse todavía, cogió un soldado godo un tablon para acabar con su vida, en cuyo momento se entregó, y al par que sus compañeros de rebeldia fueron públicamente azotados en las calles de Narbona.

(Se continuará)

I. A. BERMEO.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

EL JOVEN FRITZ.

NOVELA HISTÓRICA.

I.

Era una tarde apacible de otoño del año de 1332: el cielo ostentaba el mas puro azul: el sol que durante el dia habia rasgado el velo de nieblas que lo habian velado durante algunas horas, descendia radiante y magestuoso a trasponerse tras de las elevadas montañas tiñendo los mas vivos colores de púrpura y oro las rocas, las copas de los seculares pinos, los caprichosos chapiteles de la antigua Lucerna, y la tersa superficie de su lago. Un jovencito en pie, sobre una roca, estaba pescando á la orilla del Reuss que baña las inmediaciones de aquella ciudad: inmóvil como una estatua, fija la vista en la veleta, latiale el corazón siempre que al través de las cristalinas aguas veia aproximarse al cebo alguna de las pintadas truchas que jugueteaban á la luz del sol de Poniente; empero cuando el cauto pececillo conociendo tal vez el engaño huía del peligro agitando la linea con la cola, se desvanecian tambien las esperanzas del jóven pescador llenándolo de afliccion. Mucho tiempo permaneció esperando mejor suerte, hasta que cansado ya, arrojó la caña con aire de despecho diciendo: «nada, absolutamente nada, ni siquiera uno de esos pececillos que saltan y juguetean sin llegar al anzuelo como burlándose de mí! ¡mal empleadas las plegarias que he hecho al señor San Leger! ¡si hubiera sabido que habia de hacer tan poco caso de mis oraciones...!»

Todavía continuó el aburrido niño murmurando algunas palabras ininte-

ligibles, pero cesando de pronto, como remordiéndole la conciencia, se persignó tres veces devotamente, cogió la caña, se la echó al hombro, y tomando en la mano la chistera vacía se encaminó á su casa remontando la izquierda margen del rio.

La mala suerte que habia tenido se manifestaba en sus facciones: no llevar nada aquella tarde le causaba la mayor tristeza: era precisamente el cumpleaños de su padre que amaba con el mas vivo cariño, y el jovencito se habia propuesto obsequiarlo con un plato de pescado cogido por su mano: á este fin, despues de concluido el trabajo, y obtenido el consentimiento de su querida madre, da dos besos en las sonrosadas mejillas de su hermanita, toma la caña, corre á buscar un parage profundo y abundante en pesca. Ya hemos visto el mal resultado de su empresa, y que el señor San Leger se hizo sordo á sus ruegos.

«Tarde desgraciada, muy desgraciada, repetia el niño caminando cabizbajo y con la vista fija en el suelo, muy mala tarde, y no obstante debia haber sido feliz por ser la fiesta del apóstol San Pedro, cabeza visible de la iglesia, y ademas el dia en que nació mi padre: ¡cuánto hubiera dado por haber podido hoy hacerle un regalo!! ¡pero qué puedo yo, infeliz! yo tan débil, tan pequeño.....»

En efecto Fritz, así se llamaba, era de constitucion débil y enfermiza; habia padecido tanto en su infancia, que carecia de la robustez y vigor de los jóvenes de su edad: apenas representaba doce años, aunque ya rayaba en los catorce, y sus padres habian temido perderlo muchas veces: por esta razon en el taller de carpintero, oficio que ejercia su padre, si no trabajos fáciles, arreglados á sus fuerzas.

Pero al paso que las facultades físicas del joven Fritz estaban poco desarrolladas, las intelectuales sobresalían en alto grado: era temeroso de Dios, amaba con exceso a sus padres, adoraba a su hermanita que apenas contaba cinco años, y su tierno corazón latía con violencia cuando oía referir el pacto de alianza sancionado últimamente en Crülli, la gloriosa batalla de Morgarten, y el heroico comportamiento de Tell de Bürglen y de su hijo Walter.

Continuando su marcha pensaba en su padre, en el señor San Leger, y en las truchas que no había cogido cuando descubrió la elevada cima del monte Pilatos, que habían ocultado hasta entonces las altas colinas que guardan la orilla izquierda del Reuss. Cien veces había admirado nuestro joven esta caprichosa montaña, y otras ciento examinado con cierto temor supersticioso los contornos gigantescos que visto de perfil se asemejan a un descomunal gigante que infunde espanto a toda la comarca. (1)

Los últimos rayos del sol proyectaban en aquel instante tan vivo resplandor sobre los ángulos salientes de la roca, y las quebradas y bosques privados de la luz, una sombra tan marcada que era sorprendente la verdad con que se designaban los contornos de la frente, nariz y boca, no faltando para completar el cuadro, ni la poblada barba ni prolongados mostachos.

A su vista variaron las ideas del joven; recuerda que muchas veces cuando niño, sentado en las rodillas de su abuelita, le había oído contar que el malvado Pilatos estaba es-

piando en aquella cumbre sus delitos, sufriendo el rigor de las nieves y los rayos de las tormentas en castigo de la inicua é injusta sentencia que había pronunciado contra el Salvador del mundo. Este recuerdo helaba la sangre en las venas del tímido Fritz, desviaba la vista del espantoso monte, y aceleraba el paso cuanto le permitían sus fuerzas y cansancio. Pero reanimó su valor el lejano sonido de las campanas que anunciaban la proximidad de la ciudad. Esta seguridad y la risueña campiña que se presentaba disiparon su inquietud dando lugar á ocuparse en otros recuerdos mas halagüeños: se agolpaban á su mente los hechos gloriosos de Guillermo Tell y de su hijo: ¿qué valor, qué heroísmo, pensaba Fritz! ponerse un tierno niño impertérrito al pie del árbol la manzana sobre su cabeza diciendo á su padre: «disparad, ¡vuestro hijo está pronto!» ¿Puesto en su lugar hubiera yo tenido igual atrevimiento? Se estremeció al hacerse esta pregunta: la respuesta espiró en sus labios. Después de un momento de reflexión murmuró por lo bajo haciendo la señal de la cruz: glorioso San Leger, dadme fuerzas suficientes, y un corazón á toda prueba para que algun día pueda ser útil á mi patria, como Walter Tell de Bürglen.

II.

Ya la noche había estendido su negro manto cuando llegó Fritz á un sitio en que unos molinos contruidos junto al río impedían seguir la orilla; es tarde, decía, oigo los últimos toques de la oración, el rodeo que tengo que dar es muy largo y mis padres estarán con cuidado.... Si pudiera seguir la senda que guía á la derecha salvando algunos montones de escombros, en cuatro brinco me plantaba en las casas nuevas, y llegaba pronto á la mía. Pensando así caminaba á tientas y con precaución, porque la lobreguez era grande; mas apenas había avanzado algunos pasos, cuando tropezó con una puerta á medio cerrar que cedió fácilmente, y al mismo tiempo una

(1) La cima del monte Pilatos situado al Sur de Lucerna, vista de perfil, representa las formas de un hombre echado, y la disposición de las rocas y bosques que la pueblan le comunican un claro oscuro tan proporcionado, que la cabeza aparece como poblada de barba y largos bigotes. Esta circunstancia ha dado lugar á que los habitantes del Canton lo reverencien con cierta veneración supersticiosa, y se cuenten mil ridículas tradiciones.

voz que salía de dentro le dirigió una pregunta cuyo sentido no pudo comprender, y antes de que pudiese reflexionar lo que debía hacer, oyó que dos ó tres personas que venían detras, y que no habia podido distinguir por la oscuridad, contestaban de un modo misterioso, y en seguida, apresurándose á entrar, empujaron al muchacho creyendo ser de los suyos.

El primer pensamiento de Fritz, cuando se vió dentro, fué exclamar: «dejadme salir, quiero irme á mi casa,» pero la llegada de nuevos personajes introducidos con la misma precaucion y el aspecto amenazante de los que le rodeaban le ahogaron la palabra: el temor de ser golpeado ó tal vez muerto, si se presentaba en medio de aquellos hombres que se ocultaban tan misteriosamente, lo contuvo, y no pensó mas que en el medio de esconderse hasta que pudiera escapar sin ser notado, y así escurriéndose quedito se ocultó tras un pilar á cuya sombra fué espectador invisible de la escena que vamos á describir.

III.

En una especie de caverna sin mas entrada que la puerta que hemos indicado se hallaban reunidos unos veinte hombres cubiertos de pies á cabeza con un ropón oscuro: tres faroles de asta distribuidos por las paredes apenas podian verse en las espesas tinieblas que reinaban en aquel claustro, y su débil y oscilante luz lejos de disminuir el espanto de nuestro pescador lo aumentaban mas y mas, pues iluminaba á medias aquí un semblante pálido, allí una mirada amenazante, y mas lejos un grupo de figuras inmóviles, que escuchaban con inquietud si se oia algun rumor por la parte de afuera, no comunicándose sus recelos mas que por señas siniestras y misteriosas.

Esta muda escena duró algun tiempo, hasta que dos nuevos personajes fueron introducidos por el que hacia de portero, y despues de haber cambiado muy quedito algunas palabras de inteligencia echó una mirada escudriñadora hacia la asamblea, y en

seguida dirigiéndose á la puerta, dió vueltas á la llave, corrió dos enormes cerrojos para mas seguridad, y hecho esto, fué á reunirse con los demas congregados.

«Hermanos, dijo entonces uno de los recién llegados con acento solemne, creo que estamos ya todos reunidos, y por consiguiente en el caso de descubrirnos para que nos reconozcamos mutuamente.» Diciendo esto se despojó del ancho ropón que lo cubria, se quitó el gorro de pieles que ocultaba la cabeza y parte de la cara, y descubrió á la vista del escondido jovencito la fisonomía de uno de los primeros magistrados de Lucerna: toda la asamblea siguió el ejemplo del que parecia ser su jefe desnudándose del traje que los disfrazaba, y entonces en lugar de figuras sombrías y desconocidas que ocupaban aquel recinto tenebroso, el anoradado Fritz pudo contemplar con una sorpresa que se aumentaba por momentos una reunion compuesta de nobles, gentiles hombres y caballeros los mas visibles del pais, los mas de ellos ostentando condecoraciones de órdenes estrangeras, ceñida la espada, armados de puñales, y todos ellos con un lazo rojo en el brazo izquierdo.

Despues que se hubieron examinado y reconocido unos á otros á la luz de una linterna, fueron tomando asiento en bancos dispuestos en semicírculo; hecho lo cual, el presidente volvió á tomar la palabra en estos términos: «Señores: ya lo veis, aqui todos somos amigos, hermanos, que nos hemos reunido en este sitio impulsados por una misma causa, con igual objeto: Dios nos protege visiblemente dándonos el apoyo del muy noble señor de Argan que teneis presente, en calidad de enviado extraordinario del duque de Austria, nuestro comun soberano: viene á oir nuestras justas quejas y resentimientos contra los villanos que osan igualarse con nosotros: viene, en fin, á auxiliarnos con sus consejos, y poder en la empresa que vamos á llevar á cabo para recobrar nuestros usurpados derechos.» Diciendo esto el orador se levantó, tomó res-

petuosamente de la mano á un caballero que estaba sentado á su derecha, y lo presentó á la asamblea, anunciando su nombre y títulos.

Era este personaje de noble y aventajado aspecto, de mirada altiva y penetrante, y su presencia y finos modales revelaban un sugeto de la primera clase de la sociedad: su traje era rico y elegante, y en su ferruero de terciopelo se ostentaba el águila de Austria recamada de oro y pedrería. Dirigiéndose á los confederados, pronunció un pequeño discurso, estrechó la mano de los mas próximos, y volvió á ocupar su asiento, dejando que el jefe de la asamblea continuase el suyo.....

El desgraciado Fritz estaba anonadado, y en la mayor agonía: sin ser capaz de calcular toda la estension del inminente peligro que corría en medio de aquella nocturna reunion, cierto temor instintivo habia entorpecido su lengua, y paralizado sus miembros; además de la alta categoria de aquellos personajes, la siniestra fisonomía y las armas de que estaban provistos, le habían puesto en un estado de abatimiento difícil de espresar; sin embargo, el discurso del magistrado le hizo sospechar el objeto de aquella junta misteriosa, y desechando todo temor, se propuso prestar la mayor atencion á cuanto se tratase en ella.

¡Pobre joven! ¿qué dirían el carpintero Ruoni y la cariñosa Masliben si hubieran podido ver á su querido hijo tendido en el suelo, apenas latiendo su tierno corazón hasta querer salirse del pecho, y la vista fija sobre aquellos hombres, cuyos discursos aterradores, fiero continente y siniestras miradas, no espresaban mas que odio y venganza!

IV.

Habia terminado la junta: en ella se había propuesto, discutido y aprobado por unanimidad, un plan cuya ejecucion debía llevarse á efecto dentro de algunas horas: reinaba el mas profundo silencio, y sin embargo el muchacho escuchaba todavía; parecia

un sueño cuando acababa de oír; empero agotadas sus fuerzas no pueden resistir por mas tiempo, se ofusca su mente, se turba su vista, y conoce que va á desmayarse: ¡hace el último esfuerzo y procura apoyarse contra el pilar protector, y... es descubierto!

—«Aquí no estamos solos, estamos vendidos!» exclamó una voz terrible que hizo estremecer toda la caverna: los conjurados se apoderan del infeliz muchacho, arrastrándolo del sitio en que se ocultaba, le preguntan encolerizados, otros hacen brillar sus espadas sobre su cabeza, y cien puñales están junto á su garganta: esto era demasiado para el pobre Fritz: sus ojos se cierran, cubrense sus mejillas de mortal palidez, y cae exánime sin proferir una sola palabra.

—¡Deteneos! exclamó el presidente, poniéndose delante del caído joven cuya cabeza sostiene con la mano: ¡deteneos! vuelvo á decir, y reflexionad antes de entregaros á vuestra venganza: ¿queréis, señores y amigos, manchar vuestras espadas con la sangre de un niño tal vez ya sin vida?

—Pues bien, contestó uno de ellos, arrojado al Reuss, así no podrá contar nada de lo que ha oído aun cuando vuelva á la vida.

—No, no, que muera, añadió otro; de esto depende la seguridad de todos nosotros, es un espía, y debe tratarse como á tal.

—Bien se puede tenerle encerrado aquí mismo hasta mañana, observó un tercero mas caritativo; os confieso, señores, que me repugna derramar la sangre de este muchacho, que tal vez la casualidad ó su desgracia lo ha traído á este lugar.

Mientras se discutía acerca de su suerte, el desgraciado Fritz iba recordando sus sentidos; sus ojos se entreabrieron, dirigió su turbada vista en torno de los objetos que lo rodeaban, y haciendo un penoso esfuerzo, se pone de rodillas estendiendo sus brazos suplicantes hácia el magistrado, que permaneciendo siempre á su lado, contemplaba con aire compasivo el lívido y desencajado semblante del muchacho: la compasion penetró en el

corazon del noble-lucernés, era padre, y la imagen de su hijo se representó en su idea; la vida del inocente desvalido estaba en sus manos.... lo coge de la mano, lo lleva á un sitio el mas retirado de la cueva, le hace algunas preguntas en secreto, y le manda que permanezca sentado en el mismo parage; hecho esto vuelve á ocupar la silla de la presidencia, hace se aproximen los conjurados y les dice: «Amigos y hermanos: en nuestra reunion ha habido un testigo, un miembro extraño, que es aquel muchacho, pero un testigo involuntario, estoy bien convencido por las preguntas que le he hecho y que me ha contestado, lo comprueban tambien la caña y chistera que todavia estaba á su lado cuando lo hemos sorprendido: desgracia es sin duda que un extraño haya oido nuestras deliberaciones; pero sin duda lo seria mayor si diésemos principio á nuestra santa empresa con un crimen inútil y odioso, que con el tiempo nos acarrearía el aborrecimiento del pueblo que queremos subyugar. Quitarle la vida seria impolitico, tenerlo encerrado aqui seria cometer la mayor imprudencia, porque sus gritos podrian ser oidos y llamar la atencion de los que ocupan la tienda, que como no ignorais, está sobre la bóveda de esta cueva. Mi parecer es que se le ponga en libertad inmediatamente haciéndole antes prestar un juramento que lo atierre y selle sus labios: ademas, amigos míos, el espanto del niño ha sido tal, que no dudo ha trastornado su memoria en términos, que ya apenas se acordará de lo que ha oido, ni aun comprendido lo apurado de su situacion, de manera que estoy seguro de que no debemos temer por este lado, estoy bien convencido.»

Algunos reparos se opusieron á este parecer, pero el respeto que imponia el carácter del presidente, su autoridad, y sobre todo la piedad que inspiraba la tierna edad y débil constitucion del muchacho, movieron los ánimos de muchos de aquellos hombres, que cedieron por fin accediendo á la propuesta.

Entonces el magistrado mandó á

Fritz que se aproximase, y con voz severa é imponente le dijo: «Oyeme, muchacho, y graba bien en la memoria lo que voy á decirte en presencia de estos señores que te rodean: la casualidad ó tu imprudencia te han introducido en este sitio: lo que has oido, y cuyo sentido tal vez no has podido comprender, es relativo á una gran funcion que queremos dar dentro de poco tiempo, á la que convidaremos á todos los habitantes del pais; pero como esta fiesta no ha de celebrarse en el momento, queremos que la ignore todo el mundo. Irritados juntamente estos señores por ver que podia descubrirse y privarlos del gusto que los proporcionaria la sorpresa han querido matarte, pero Dios ha inclinado sus corazonces hácia la clemencia, se han compadecido de ti y de tu familia, y te permiten salir sano y salvo, pero antes has de jurar ante esta sagrada imagen del Salvador del mundo lo que voy á dictarte.»

Fritz, temblando como la hoja en el árbol, se aproximó á una mesa en la que habia un crucifijo, y á sus pies dos puñales cruzados formando una cruz. El gefe, poniendo las yertas manos del muchacho sobre las mortíferas armas con voz solemne y amenazadora, le dictó el siguiente juramento: «Juro delante de Dios Padre, de Dios Hijo, y de Dios Espiritu Santo, ante la soberana Virgen Maria, y del señor San Leogen, patron de nuestra buena ciudad de Lucerna, y en presencia de todos los santos de la corte celestial, de no decir ni revelar á hombre alguno ni ser viviente cosa alguna de las que he oido y presenciado en este sitio, y que si faltase á este juramento caiga sobre mi cabeza la cólera de Dios y de sus santos.»

Repitió esta fórmula el amedrantado niño con voz trémula y apocada; pero demasiado débil para soportar por mas tiempo tan violentas sensaciones; se cerraron de nuevo sus ojos y cayó desmayado.

Cuando volvió en si se encontró tendido junto á la orilla de Reuss, muy distante del sitio temeroso, pero cerca del punto que da paso á la ciudad:

por de pronto su estremada debilidad no le permitió reconocer el parage en que se hallaba; no se acordaba de lo que le habia sucedido, hasta que el sonido de la campana de la catedral vibró en su oído y lo sacó de su inacción: se incorpora, aunque con trabajo; tiembla al menor rumor creyendo que es perseguido, y corre apresurado en cuanto lo permiten sus fuerzas; atraviesa el puente, y en pocos minutos se halla en la puerta de la casa que habita el carpintero Ruoni.

Lo primero que llegó á su oído luego que entró en la cocina fué la querida y conocida voz de Masleben, que junto á la cuna de la pequeñita Ratchen cantaba en la pieza inmediata para dormirla.

—¿Eres tú, Fritz? preguntó aquella luego que oyó abrir la puerta.

Sin contestar una palabra corrió el jóven al lecho de su hermanita medio dormida, le dió un tierno abrazo, balbuceó su nombre, y ocultando en la sombra su demudado semblante se aproximó á su madre murmurando: «sí, ya estoy aquí, y ya no tienen imperio sobre mí... todo ha concluido ya».

—Bribonzuelo, dijo Masleben, sin echar de ver la turbación de su hijo: nada dices temiendo que te regañe, y tendria motivo para ello porque me has hecho pasar una hora bien cruel y en la mayor agonía... temia que hubieses caído en el río, y que te hubiese arrebatado la corriente... te aseguro que si se hubiera quedado dormida tu hermanita hubiera salido corriendo á buscarle.... pero veamos, veamos, ¿traes muchos peces?

—¡Ni uno he pescado! contestó Fritz con desaliento.

—¿Nada? absolutamente nada? Ah! ya conozco la causa que te ha impedido volver pronto á casa! vamos, no hay que afligirse, consuélate, dijo dándole dos golpecitos en los carrillos, yo no habia confiado mucho en tu pesca; tengo dispuesta en el fuego una buena comida, y voy á buscar una botella de cerveza fuerte para brindar á la salud de tu padre el día de su santo.

Fritz se contristó; mas su madre sin echarlo de ver salió á la cocina á

dar vuelta por el asado, el muchacho fué tras ella de puntillas y con un acento que en vano procuraba aparentar tranquilo le dijo: querida madre, ¿en donde está padre ahora?

La voz del jóven estaba tan alterada, era tan poco natural, que alarmó á Masleben:

—¿Qué es lo que tienes, amado mío? preguntó asustada y arrimándose al mismo tiempo la luz á su rostro, ¿que desgracia te ha sucedido? ¿te has caído en el río? pero no, tus vestidos están secos, ¿te ha maltrado algun bribon? dime, cuéntame lo que te ha ocurrido, por Dios, saca de cuidado á tu pobre madre.

—Os aseguro que nada me ha acontecido, querida madre, respondió con una forzada sonrisa que estaba visiblemente en contradicción con la palidez de su semblante, mi único anhelo ahora es ver á padre.

—Pronto vendrá: ha salido ahora poco, y ha ido al local en donde se reúnen los mayordomos y prebostes de los gremios para tratar de los asuntos públicos, pero me ha dado palabra de volver pronto á comer.

—¡Ah! tanto mejor, respondió Fritz con cierto aire indiferente, y se acercó al fuego, no tanto para calentarse, como ocultar á su madre la agitación que lo devoraba. Mas no pudiéndose ya contenerse.

—Madre, exclamó de repente, necesito ir á la capilla de la Virgen que está inmediata; pero leyendo en los ojos de aquella que iba á oponerse á su deseo, añadió con entereza: «Así lo quiere el P. Anselmo».

Masleben creyó que su confesor le habia impuesto esta penitencia por alguna pequeña faltilla que habia cometido; dió vuelta por su hija, arregló el fuego, y cogiendo de la mano al jóven, se encaminaron á la capilla.

Fritz hubiera preferido ir solo, pero se sometió á la voluntad de su madre por no disgustarla. Luego que entraron en el sagrado recinto iluminado escasamente con la amortiguada luz de una lámpara pendiente de la bóveda, el muchacho se dirigió á un altar retirado, y postrándose de rodillas an-

te una devota imagen del Crucificado: «¡Dios Todopoderoso, exclamó con el mayor fervor, y plegando sus manos con violencia; y vos, Virgen inmaculada, tened piedad de este infeliz joven: iluminad mi espíritu, indicadme lo que debo hacer en este apurado lance: comunicadme la fortaleza necesaria para obrar conforme á vuestra divina voluntad!»

Hecha está serviente plegaria se levanta, y acercándose á su madre con semblante risueño le dice: «Madre, voy á buscar á mi padre pronto volveremos; no esté vd. con cuidado,» y sin esperar contestacion vuelve la espalda, sale del templo, atraviesa dos calles, una plaza, y por último se encuentra en la puerta de la sala en que los gremios acostumbra celebrar sus juntas.

V.

Doce ó quince ciudadanos se hallaban reunidos en un vasto salon, cuyos únicos adornos consistian en algunas alabardas arrimadas á las denegridas paredes; varias mesas y bancos de pino distribuidos en diferentes partes del local, los tableros de ajedrez, y las copas y botellas, revelaban que aquel era el punto de reunion mas frecuentado por el estado medio de la poblacion. En el momento á que nos referimos los que estaban presentes unos eran del gremio de carniceros, y los demas pertenecian á diferentes corporaciones fabriles de Lucerna. Todos estaban reunidos, no formando mas de un solo grupo sentados alrededor de una ancha mesa, en la que se veian muchos vasos de estaño y botellas de cerveza. Dos individuos vestidos como los pastores de Uterwald eran al parecer los mimados y acariciados por los otros ciudadanos. mediaban preguntas y respuestas llenas de fuego é interes, y entre tanto las botellas y vasos no estaban ociosos.

—«Sí, hermanos míos, dijo un respetable anciano cubierta la cabeza de venerables canas, soy como no ignorais el preboste del gremio de carniceros, y os digo que temprano ó tarde tendremos que solicitar de nuevo

vuestro auxilio: el Austria nos detesta desde que con la ayuda del Dios de los ejércitos y de vuestros soldados quedamos vencedores en la guerra que nos hizo el Organ en nombre de aquella potencia: en vano hemos observado fielmente los tratados del convenio definitivo; preveo que no nos dejará vivir tranquilos, estoy bien convencido, y si vuelven á atacarnos de nuevo no serán ciertamente los señores y nobles del Canton los que nos ayuden y defiendan.»

—Yo creía, dijo uno de los pastores, que la alianza ofensiva y defensiva celebrada con nuestros cantones les habria hecho renunciar á toda agresion....

—Y tenéis razon, amigo mío, respondió con viveza un joven robusto del gremio de los herreros, los hemos reducido á la nulidad: por nuestra Señora de Ensiedlem creo que no se atreverán á tocar un solo cabello de la cabeza al mas miserable de este pais.

—Yo he concluido estos dias una rica coraza para el hijo mayor de la noble familia de Wolhausen, dijo un armero, y cuando se la he llevado esta mañana me ha dicho que esperaba servirse de ella dentro de poco tiempo en obsequio del canton.

El anciano meneó la cabeza con muestras de desconfianza, y añadió:

—Quiera Dios que asisea; entre tanto brindo á la perpétua alianza y union con nuestros vecinos de Schwyz, y de Unterwald.

Toda la reunion aplaudió al anciano, y chocando los vasos unos contra otros iban á improvisar un brindis, cuando la pesada puerta se abre con violencia y se presenta acelerado un muchacho, parándose á alguna distancia de la mesa.

—¿Qué quiere ese muchacho? dijo el primero que reparó en él.

—¡Ah! es mi Fritz, exclamó Ruoni mirando á su hijo: ¿qué quieres, niño? te envia tu madre á buscarme?

Fritz no contesta, ni aun mira á su padre: fijos los ojos en el suelo, é inclinada la cabeza sobre el pecho parece temer fijar la vista en los hombres

reunidos en aquel sitio: permanece algunos momentos en esta actitud, pero de repente como impulsado por una subita resolución se vuelve hacia una grande estufa que habia en medio del salon, se postra de rodillas, hace con la mano una seña para llamar la atencion de los circunstantes, y con voz baja, pero muy perceptible, pronuncia estas palabras.

—Estufa, tú que no te compones de material alguno que tenga vida, sin temor ni recelo puedo dirigirte la palabra y es preciso absolutamente preciso que me escuches con atencion; porque el pobre Fritz sabe cosas terribles, y su corazon es grande y leal, aunque su cuerpo sea endeble y pequeño.

—¡Qué le sucede a este niño! exclamó Ruoni sobresaltado: ¡si se habrá apoderado de su cuerpo el espíritu maligno!

—¡Oh! escúchame, préstame atencion, inanimada estufa, continuó el jóven sin distraerse ni reparar en la exclamacion de su padre, tu no eres hombre ni ser viviente, y á ti puedo revelar las cosas que he visto y oído...

—Silencio, dijo el preboste, silencio, señores, y escuchemos hasta el fin.

—El pobre Fritz volvia esta tarde de pescar, continuó el hijo de Ruoni, dirigiéndose siempre á la estufa, era ya oscurecido, la campana que tocaba á la oracion resonaba con lúgubre sonido, y el corazon del pobrecillo estaba afligido porque no habia cogido peces, y el monte Pilatos le habia presagiado desgracias para su pais....

—Este niño delira, murmuró uno de los circunstantes al oído del que tenia inmediato: hagamos que se lo lleve su padre porque no estamos para oír tonterías....

—Silencio, por vida vuestra, gritó con tono severo el anciano de los cabellos blancos que observaba con el mayor interes las acciones y palabras del niño.

—Y cuando el pobrecito, continuó Fritz con acento conmovido, y sin apartar la vista de la estufa, cuando el pobrecito llegó cerca del edificio donde celebran sus juntas los tende-

ros, unos hombres que venian muy de prisa lo empujaron introduciéndolo sin hacer reparo dentro de una lóbrega caverna, donde estaban ya reunidos otros tan picaros como ellos: su primer impulso fué escaparse, pero Dios y su Madre Santísima no lo permitieron, porque era preciso que oyese los péfidos proyectos de estos malos ciudadanos que aborrecen á los plebeyos y desean su muerte.

Algunos de los oyentes se horrorizaron al oír estas palabras, y se miraron unos á otros sin desplegar los labios.

—Esos hombres, continuó el hijo de Ruoni, eran el señor magistrado Rodolfo Psyffen, el noble baron de Thorberg, despues el señor Ramschewag, de Rothemburg, luego el señor de Wolhausen con su hijo y otras muchas notabilidades del pais, cuyos nombres ignora el pobre Fritz: tambien estaba entre ellos un conde que habia venido de Argan enviado del duque de Austria, y les ha ofrecido auxiliar con tropas y dinero. Todos estos hombres, sin esceptuar uno solo, llevaban en el brazo derecho un lazo encarnado, y espadas y puñales ocultos bajo el ferruguelo. Concertaron el modo con que habian de conducirse para esterminar todos los plebeyos, y hacerse dueños de la ciudad.... esta misma noche antes de tres horas auxiliados de sus criados, y de los vasallos que les son adictos, se introducirán en las casas de los mayordomos y prebostes de los gremios, les asesinarán en sus propios lechos; en seguida se dirigirán á las puertas de la ciudad, degollarán á los aldeanos que las custodian, y luego se apoderarán de las casas de ayuntamiento, de las cárceles y ciudadela.... y mañana, cuando la luz del sol ahuyente las tinieblas, harán ahorcar á todos los que no quieran someterse, y dentro de pocos dias, cuando lleguen las tropas prometidas por el enviado de Austria, romperán la alianza acordada con los cantones vecinos, y restablecerán los impuestos, contribuciones y corbeas para reducir á la miseria á este malhadado pueblo....

Un confuso murmullo se levantó en toda la asamblea, mas de una boca se abrió para interrogar al muchacho....

—Amigos, le dijo el anciano á media voz en tono de súplica, señalando al mismo tiempo con la mano á Fritz que permanecía arrodillado, ¿os imagináis qué ese jóven preferiría contar tan graves cosas á una estufa mas bien que á su padre, si no estuviese tal vez ligado con algun juramento?»

Fritz continuó haciendo á la estufa una exacta relacion de cuanto le habia sucedido en la cueva, como fué descubierto, la cólera de los conjurados, el inminente peligro en que se habia visto de perder la vida, y por último el terrible juramento que le habian obligado á hacer..... al concluir la última palabra, el débil Fritz vaciló, iba á caer desmayado, pero Ruoni lo sostuvo en sus brazos, y con el corazón oprimido, bañados los ojos en lagrimas lo estrechó contra su pecho sin poder proferir una sola palabra.

En este momento se oyó en la puerta una voz de muger:

—¿Esta aqui mi Fritz? preguntó Maslieben toda azorada, ¿habeis visto á mi hijo amado?

El preboste de los carniceros se puso en pie inmediatamente, habló en secreto con los sujetos que lo rodeaban, sobre los que al parecer ejercia alguna autoridad: en seguida tomó al niño de los brazos de su padre, y estrechándolo cariñosamente entre los suyos sin proferir una palabra, le llevó hasta la puerta de entrada.

—Muger, dijo á la afligida madre, lleva tu hijo á casa, acuéstalo, y no te apartes de su lado porque necesita reposo y cuidados: que si está sin sosiego, guárdate bien de hacerle pregunta alguna; no espères esta noche á tu marido, porque los intereses del pais lo retendrán á nuestro lado; adios Maslieben silencio y calma: mañana lo sabrás todo.

VI.

Despues de una noche de tumulto, confusion y alarma, en la que la mayor parte de los habitantes de Lu-

cerna la pasaron fuera de sus casas los primeros albores del día, vinieron á iluminar el hermoso triunfo lleno de humanidad y moderacion, reportado por la buena causa, el triunfo de la libertad contra la opresion y tirania. En todas las calles de la ciudad solo se veian grupos de hombres, mugeres y niños, unos con armas, otros á medio vestir, aquellos contando con entusiasmo, y escuchando los otros espantados los terribles acontecimientos de aquella noche para siempre memorable: pelotones de ciudadanos con la alabarda al hombro, custodiaban la cárcel y torres que defendian la poblacion; otros estaban de centinela en las puertas de las casas de algunas familias nobles, y los religiosos capuchinos, que no habian tenido noticia del tumulto por estar su convento en una eminencia fuera de la poblacion, se encaminaban presurosos para ofrecer sus servicios, y unir sus simpatias con las de sus conciudadanos.

Insensiblemente los grupos se fueron disipando, la mayor parte de los curiosos se dirigia hacia la orilla izquierda del lago: dos barcas de pescadores prontas á partir se balanceaban sobre las azuladas ondas, y los remeros se impacientaban por no poder aprovechar en el momento un venticello favorable que rizaba apenas la superficie de las aguas: un poco desviado de la multitud el venerable gefe de los carniceros y otros dos de otros gremios que tan eficazmente habian contribuido al glorioso resultado de la precedente noche, estaban conversando con algunos paisanos en traje de viaje, entre los cuales se notaban los dos pastores de Unterwald, de que hemos hablado. Pero bien pronto todas las miradas se dirigieron con el mayor interés hacia un grupo que venia de la ciudad: eran Ruoni, que traia á su hijo de la mano, Maslieben con la alabarda de su marido, comisionados con algunos otros para anunciar á los tres cantones de la alianza suiza, la noticia de los últimos acontecimientos, y solicitar su ayuda y auxilios lo mas pronto posible.

En el semblante del jóven Fritz, mas

pálido que de costumbre, se pintaban los terrores de la víspera, y las violentas agitaciones de la noche; sin embargo, la mas pura alegría animaba sus ojos, y sus facciones revelaban la satisfaccion interior que reanimaba su existencia. Luego que llegó á la orilla del lago, y advirtió que se atraía todas las miradas de la multitud, su rostro se cubrió del mas encendido carmin, y bajó la cabeza lleno de confusion: mas cuando vió que muchas manos amigas se apresuraban á estrechar las suyas y las de su padre, cuando oyó que mil voces aclamaban y daban el parabien á su querida madre, y que el preboste de los carniceros y sus dos cólegas, aproximándose á él imprimieron silenciosamente un afectuoso ósculo en su cándida frente. Fritz, conmovido hasta el extremo, elevó la cabeza, sus ojos humedeci-

dos con lágrimas de alegría se fijaron alternativamente en aquellos amigos que lo rodeaban, luego en el lago, y por último en la cima del Pilatos, que doraban en aquel momento los nacientes rayos del sol, y juntando sus inocentes manos balbuceó con una sonrisa angelical. «Gracias sean dadas á Dios omnipotente, á la Virgen Santísima, al glorioso apóstol San Pedro, y á nuestro patron el bendito San Leger: no eran desgracias las que anunciaba ayer tarde el Pilatos de la Montaña, era si la derrota de los déspotas, la libertad de nuestra buena ciudad de Lucerna y franquicia á los plebeyos. Bendito sea el Señor que se ha dignado infundir valor al pobre Fritz, que si bien pequeño y endeble, ha podido hacer algo por su patria como Walter, el hijo de Guillermo Tell de Bürglen.»

JAVIER DE ASAD.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

¡ EL COCO ! ¡ EL BÚ !

¡ EL DIABLO COJUELO !

CONSEJAS Y CUENTOS INFANTILES Y LO
PERJUDICIAL QUE SON Á LOS NIÑOS.
DEL JUEGO DEL DIABLO COJUELO.

Al niño que no es bueno
le coge el coco,
y se le va comiendo
poquito á poco.

(Cancion popular.)

Costumbre muy antigua es en nuestra España el entretener á los niños y aun á los de mayor edad en las largas veladas del invierno, contándoles consejas, cuentos y fabulillas mas ó menos históricas; pero siempre maravi-

llas y estupendas. No solo los modernos, que siguen en el uso, han practicado esta costumbre, sino que su origen se remonta á la mayor antigüedad en todos los paises, haciéndose tanto caso de ella, que el sabio Platon juzgó precepto de educacion este uso, y por lo tanto le apadrinó en sus célebres leyes, si bien fué de la opinion, asi como Plutarco en su *Educatio puerorum* y el escritor Antonio, de que las consejas que se cuentan á los niños deben ser de buen género y doctrina, para que al propio tiempo que les entretenga y divierta, les instruya y sea de buen ejemplo.

Los maestros de los persas, nacion celosísima en lo antiguo, de la educacion de los niños, les enseñaban á contar y cantar consejas útiles á su instruccion segun lo acredita Estrabon en su libro 13. Prueba este sucinto autor en su libro 1.º la utilidad de es-

ta costumbre diciendo que *las buenas consejas ó cuentos* despiertan el entendimiento y preparan á los niños al estudio de la sabiduría y á la mejor inteligencia del lenguaje, de lo que deduce el erudito Rodrigo Caro en sus días geniales, que no solo es antiguo el uso de las consejas, si que tambien lo es el consejo de que los muchachos las aprendan y aun el modo de contarlas.

Muy comun es entre nuestros muchachos el decir al empezar sus cuentos: «*Cuando hablaban los bueyes como ahora las piedras, etc. Cuando los pájaros y los árboles hablaban, etc.*», y si atendemos á lo que consta de los autores antiguos, este principio debe ser tradicional en los cuentos infantiles, puesto que ya lo encontramos de este modo en la vida de Apolonio, por Filostrato. El viejo Tertuliano en el libro contra Valentiniano trae una conseja que titula *Las Torres encantadas y los Peines del sol*, la cual pertenece á la sumisa categoria que la que contaba su abuela á Policiano, cuando le aseguraba habia un espectro en los desiertos que se tragaba vivos á los muchachos; y Luciano Filolende cuenta muchas de estas patrañas haciendo jugar en ellas pegasos, quimeras, tragos, etc. Es tambien muy comun entre los muchachos el decir al empezar un cuento: *Érase lo que era, el mal que se vaya y el bien que se venga; el mal para los moros, y el bien para nosotros*, y en este modo de empezar, al paso que conocemos que lo de los moros recuerda nuestras guerras de siete siglos con los mahometanos hasta que se les lanzó de España á sus abrasadas arenas, vemos imitada la forma de Plutarco en *Simpoliaco* que dice: *Bulium foras, intro divitias et sanitatem*; la de Tertuliano en Valentiniano: *Malum foras*, y la de Quinto Sereno Samoniaco en su libro de medicina, en que esclama:

Sed fortuna potens omnen convertat in hostes.

Pocos ó ningun muchacho, de los que se crían en nuestras poblaciones

de regular vecindario, habrán dejado de entretenerse con el cuento de las cabras y de las ovejas que nunca acababan de pasar, pues este entretenimiento le vemos ya mencionado por Tertuliano, así como otro bastante parecido al vulgarísimo cuento infantil de:

Este era un g to
que tenia las patas de trapo
y el culito al revés.

¿Quiéres lo cuento otra vez?

Cuento que unas veces hace reír á los niños y otras rabiár, según la ocasión en que se les entretiene y humor en que les pilla.

Nos dice Rodrigo Caro, que en el siglo pasado solían asustar á los muchachos nombrándoles á *San Antón con su lechon*, con la *Tragamasa* y con la *Parparasola*, á lo que se llamaba *Manías*, de lo cual hallamos ya noticia en los fragmentos de *Sesto Pompeyo*, pudiendo ser se origine de la voz *Mania* de que usa este autor, el llamar *Mandria* á un hombre cobarde ó que por su necedad viene á ser una especie de espantajo. Por lo que acabamos de decir se ve cuan de antiguo viene ya la perjudicialísima costumbre de asustar á los niños con *parruchas* y *consejas*, y decimos *perjudicialísima*, porque de este modo se les enseña á ser tímidos en perjuicio y desdoro del valor varonil á los unos y de la arrogancia de las mugeres: siguiéndose de aquí no solo el que se formen espantadizos y cobardes en demasia, si que tambien en que pierdan la serenidad en el peligro; y en fin, que contraigan males físicos y morales funestos las mas veces. O sucede esto, ó por el contrario, pues que si los que nacen con un valor que es preciso reprimir, despejo natural y demasiada arrogancia, pierden el miedo, á puro querérsele inocular, á estas consejas: como no se emplearon con tiempo otros medios morales de sujetar y reprimir sus nacientes pasiones no hay ya nada, á los pocos años, capaz de sujetarle, y burlándose de todo viene á hacerse infeliz y á dar que sentir á los que no supieron cultivarle.

con el debido esmero y enderezar su torcida planta: he aquí por lo que los padres, no permitiendo que se asuste a sus hijos con puerilidades que después se hacen serias; deben emplear las buenas reglas que prescribe la moral y la religion para educar á sus hijos y formar de ellas hombres útiles á la sociedad y á sí propias.

Dejando á los moralistas el trabajo que suspendimos acerca de los mejores métodos de educacion que deben emplearse para evitar los dos espuestos extremos, y volviendo á nuestro propósito histórico, diremos, que ya *Séneca* habló de los guiños y figuras que se hacen para asustar á los niños, persuadiéndolos de que existe un espectro ó cosa mala que puede hacerles daño. Los nombres mas genéricos de este fantasma infantil son en nuestra España los de *coco* y *bú*, voces tan respetables para los niños por lo que figuran á su débil imaginacion, que basta las mas veces decirles: que *viene el Coco*, ó que les coge el *Bú*, para que callen si lloran, ó dejen de hacer lo que desean, asustándose no pocas veces si creen que les puede coger, máxime, si cómo suele suceder se comete la imprudencia de ponerse alguna persona antifaz para figurar al *coco*, cosa que ha causado accidentes, y hasta la muerte á niños de constitucion delicada ó demasiado impresionable.

Nada mas comun en España que oír cantar á nuestras madres, amas de cría, ó niñeras para dormir á los niños, al antiguo soporífero sonsonete de:

Duerme niño hermoso
Que viene el coco,
Y se lleva á los niños
Que duermen poco.
Y á la flor, y á la bella flor,
Y á la verde oliva,....
Y á los rayos del sol
Se duerme la niña.

Sin que deje de oírse todavía el antiguo cantar en Castilla de:

A los pies de la camita

Lloraba el niño Tambu,
Y su mama le decía
¡Ea niño duerme que viene el bú,

Los romanos llamaron al *coco* *Empusa* ó *Gilo*, y así se ve en el lib. 18, cap. 9 de Nicéforo Calisto, que dice vió sacar de su aposento al emperador *Mauricio* á un niño, haciendo como que se lo quería tragar, pero sin hacerle daño, sino para asustarle. El erudito *Cobarrubiu* en su Tesoro de la Lengua Castellana nos dice que la voz *coco* en el lenguaje de los niños vale la figura que causa espanto, y ninguna tanto como las que están á oscuras ó muestran color negro, y que se deriva de *cus* nombre propio de *CAM* que reinó en la ETIOPIA, tierra de los negros. El no menos erudito *P. Terremos* en su Dicionario trilingüe, nos manifiesta que *coco* equivale á fantasma, feo, ó espantajo, razon por que se llama así el gesto que se hace para espantar ó burlar á alguno, lo que tambien se denomina el *Bú* al que designan los italianos con la voz *morfia*, y los latinos con la de *dictorsio*. Siguiendo á estos en lo principal nuestra Real Academia de la Lengua, en la primera edicion de su dicionario nos dice: que *Cocoes una figura espantosa y fea, ó gesto semejante al de la mona que se hace para espantar y contener á los niños*, cuya definicion apoya en el célebre poeta literato y hablista *don Francisco de Quevedo y Villegas*, que dijo en su entremos del Niño y Peralvillo con referencia á este asunto.

Dame la bolsa y quitaréte el moco.
Dame la bolsa, coco, coco, coco.

En la acepcion que se toma esta voz cuando se le designa á uno con este adjetivo, se pondera y exagera que es moreno, feo y horrible en sumo grado; y así se dice: *es mas feo que el coco, es un coco*. Confirma el mismo dicionario de la Lengua la significacion del *Bú* diciendo: que es cierto género que se supone de espantajo fantástico, en que, para que callen, suelen espantar á los niños diciéndoles: mira que viene el *Bú*, lo que apoya en el espre-

sado *Quzvedo* cuando dice en su libro de Todas las Cosas: *Francés hablarás en diciendo Bú, como niño que hace el Coco.*

Nos dice *Celio Rhodiginio* en el libro 11, cap. 16, que para atemorizar á los niños, les decían los antiguos romanos que la *Mala Cosa* ó *Empusa* se aparecía á los que sacrificaban á los *Manes* ó á *Hecates*, variando de muchas formas, asombrando á los desdichados, y andando sobre un solo pie de hierro y ardiéndole la cara en grandes llamas. *Aristófanes* describió elegantemente la *Mala Cosa* en su comedia *Ranas*, y por sus palabras se viene en conocimiento de los orígenes de muchos de los nombres que dan los muchachos al *Coco*, con que se les asusta, entre los que se usa mucho en España el meterles miedo con el *Diablo Cojuelo*, de quien se les cuenta mil extravagancias.

Siendo el *Diablo Cojuelo*, en nuestro país, el asusta-chicos mas comun, bueno será que consignemos aqui, que el origen del *Coco* en este nombre proviene del famoso *Vulcano*, cuya divinidad gentilica, echada del cielo por *Júpiter*, padre de los dioses, se quebró una pierna en la caída que dió en la isla de *Lesbos*, quedando de consiguiente cojo como lo cuenta el divino poeta *Homero* en el libro 18 de la *Iliada*. No faltan autores que pretendiendo probar que la historia de *Vulcano* es la misma del *Demonio* del cristianismo, quieren que los gentiles hayan copiado, para su fábula de *Vulcano*, la caída de *Lucifer* que nos cuenta la Sagrada Escritura. De todos modos, cojo el uno y cojo el otro, á ambos se les hace gefes del infierno por gentiles y cristianos, de lo que proviene el que entre unos y otros hubiese alusiones al *Diablo Cojuelo*, como opina *Juan Espondano* en sus comentarios á *Homero*. *Lucio Apuleyo* nos dice que las señas que dieron á la bella *Psiquis*, querida de *Cupido*, para que fuese derecha al infierno, fué la de que hallaría un arriero cojo con un asno cojo cargado de leña.

Signo fué de mal agüero entre los

antiguos, segun dijo *Plinio* en el libro 18, cap. 4, el hallar un cojo al principio de un viage, que aun duraba en tiempo de *San Juan Crisóstomo*, que le reprendió en su Homilia 21 al pueblo de *Antioquia*, y que se puede decir que ha llegado hasta nosotros, puesto que aun hay quien tiene en España, y aun mas en Francia y en otros países estrangeros, por mal agüero el ver á un cojo el primero del año, al levantarse ó salir de casa, al emprender un camino ó empezar alguna cosa, ó en otras ocasiones y acciones de la vida; siendo muy comun el motejar á un cojo cuando se enfadan con él diciéndole que *no puede ser bueno porque está señalado de la mano de Dios*, ó porque *tiene la figura del diablo*. El inmortal *Satirico Marcial* moteja á los cojos en un tuerto diciendo:

Criner ruber niger ora,
Brevis pede lumine laesus
Rem magnam praestas Zoilo, si bonus est,

lo que traduce el erudito *Rodrigo Caro* del modo siguiente:

Rubio y de color moreno
Breve un pie, y un ojo tuerto,
Una gran cosa haces cierto
Zoilo, si tu eres bueno.

Homero pintó en el libro segundo de la *Iliada* al maldiciente cojo *Therites*, diciendo.

Therites autem in moderate verbo usos crocitabat
Strabo erat, Claudus autem altero pede.

Pero por lo mismo que los gentiles fueron tan fanáticos contra los cojos, debemos los cristianos consolarnos de su desgracia y no burlarnos de ella, pues que si lo hacemos, ofendemos á Dios y á la humanidad doliente y desgraciada.

De la mala opinion que en todos tiempos se tuvo injustamente de los cojos, creyéndolos hijos del diablo, se origina el juego que llaman los mu-

chachos el *Diablo Cojuelo*, el que hacen con un palo ó *zanco* fingiéndose cojos, el que tambien figuran andando con las puntas de los pies hacia adentro formando un arco con las piernas, en cuyo juego gana el que, sin variar de posicion, llega al punto designado y pierde el que se cansa ó cae en el camino. De este juego es una variante el que llaman los muchachos andar á la *pata coja*. Concluimos este arti-

culo encargando á los padres ó tutores de los niños, que no asusten ni permitan asustar á los muchachos con el *Coco*, el *Bú* ú otras paparruchas de este género, si quieren educarlos bien y no hacerlos asustadizos y cobardes; y á los niños que no hagan caso de estas pueriles quimeras ideales, que no tienen mas cuerpo que el que ellos les den en su débil imaginacion.

B. S. CASTELLANOS.

LA CAPEDRA EN EL CAMPO,

Ó SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

XIII.

MITOLOGIA.

(CONTINUACION.)

SEMI DIOSSES Y HÉROES.—Los semidioses eran aquellos que traian su origen de un dios y de un mortal, ó de un mortal y una diosa: los héroes eran hombres á los cuales se les concedian los honores de la divinidad á causa de las grandes virtudes ó de los talentos superiores que habian manifestado sobre la tierra.

Los principales semidioses ó héroes, son: Hércules, Perseo, Teseo, Castor, Polux, y Jason.

Hércules era hijo de Júpiter y de Alcmena, muger de Anfítrion, rey de Tebas: algunas veces le llaman *Alcides*, es decir, hijo de Alceo, su abuelo materno. Fué desde su nacimiento el objeto del odio de Juno. Estando todavía en la cuna ahogó dos serpientes monstruosas que ella le habia enviado para que pereciese, siendo esta su primer hazaña. Euristeo, su hermano mayor, habiéndose asociado al resentimiento de Juno, impuso al jóven

Hércules los mas rudos castigos, y para obedecer las órdenes de este principe, emprendió las hazañas llamadas comunmente los *doce trabajos de Hércules*. Sin embargo, este héroe se dejó vencer por el amor, y los nombres de algunas diosas célebres recuerdan sus debilidades. Pereció víctima de la venganza del centauro Neso, quien le envió por Deyanira su túnica ensangrentada; no pudiendo arrancarse del cuerpo esta ropa emponzoñada que le consumia, ni soportar tantos dolores, se dejó abrasar sobre el monte Etna. Despues de su muerte fué recibido en el cielo, y se casó con Hebe, diosa de la juventud.

De Perseo y Teseo hablaré en las metamorfosis.

Castor y Polux, gemelos célebres por su amistad fraternal, eran hijos de Júpiter y de Leda, muger de Tindaro, rey de Esparta. Purgaron el mar Egeo de los piratas que le infestaban, y siguieron á Jason en la conquista del toison de oro. En esta expedicion venció Polux á Amico en el combate del *cesto*, lo cual le valió ser considerado en lo sucesivo como el dios protector de los luchadores. Castor por su parte se distinguió en el arte de domar los caballos. Se les honraba tambien como

dioses marinos; fueron colocados entre los astros y les llamaron los Gemelos; pero lo que ha hecho mas celebre su amistad es, que Polux, habiendo venido al mundo para ser inmortal, pudo compartir con su hermano esta inmortalidad, y por eso vivian y morian alternativamente de seis en seis meses. De Jason tambien hablaremos en las metamorfosis.



HÉRCULES Y LICAS.

SEGUNDA PARTE.

COSMOGONIA Y METAMORFÓSIS SEGUN
OVIDIO.

CAOS.—Antes de la formacion del cielo y de la tierra, la naturaleza entera no era mas que una masa informe que los griegos llamaron *Caos*. A la confusion sucedió el orden y la armo-

nía, y los elementos esparcidos fueron ocupando cada uno su respectivo lugar. El fuego, como mas ligero, fué colocado en lo mas alto del cielo, el aire debajo, y despues el agua; y en fin, la tierra, como mas pesada que los otros elementos, quedó en el centro del universo.

Formacion del hombre. Despues de la separacion de los elementos, Prometeo, hijo de Japet, formó con la tierra

y el agua un hombre á semejanza de los dioses.

*Finxit in effigiem moderantum cuncta deorum.
Os homini sublime dedit, cœlumque tueri
Jussit, et erectos ad sidera tollere vultus.*

Las cuatro edades. La diferencia en las costumbres del hombre en distintas épocas ha hecho distinguir cuatro edades sucesivas: la edad de oro, la edad de plata, la edad de cobre y la edad de hierro. La edad de oro designa los primeros años del género humano, despues que Saturno fué echado del cielo por su hijo Júpiter: entonces se ve florecer la justicia y la inocencia; la tierra producía sin cultura, y ríos de leche y miel corrían por todas partes. La edad de plata fué el tiempo en que el hombre, desprovisto de su pureza se vió precisado á vestirse, á edificar casas y á cultivar la tierra. La edad de cobre fué aquella en que los combates comenzaron, y en fin, la edad de hierro señala el período en el cual se desbordaron todos los crímenes.

Los gigantes, hijos de la tierra, hicieron la guerra á los dioses, y pusieron muchas montañas las unas sobre las otras para escalar el cielo. Júpiter los abrasó con sus rayos, y nacieron de su sangre hombres que fueron tan malos como sus padres.

Licaon convertido en lobo. Licaon, rey de Arcadia, nacido de la sangre de los gigantes, hacía perecer á todos los extranjeros que pasaban por sus estados. Júpiter bajó del cielo y fué á su palacio, y Licaon se preparó á quitarle la vida mientras dormía; pero para asegurarse si efectivamente era un dios, le sirvió á la mesa carne humana. Un fuego vengador, encendido por Júpiter, consumió el palacio y Licaon fué convertido en lobo.

Diluvio universal. Deucalion y Pirra. Júpiter irritado por la impiedad de los hombres, resolvió exterminarlos á todos por medio de un diluvio universal. Deucalion, hijo de Prometeo, y Pirra su muger, fueron los únicos que se libraron de esta calamidad á causa de su inocencia: se salvaron en

una barca, que se detuvo sobre el monte Parnaso, y cuando las aguas se retiraron enteramente, fueron á consultar con la diosa Temis que llevaba sus oráculos al pie del monte. Temis les mandó que echasen detrás de ello, los huesos de su madre. Deucalion, despues de haber meditado algun tiempo el sentido de estas palabras, comprendió que se refería á las piedras de la tierra, madre común de los hombres, y las piedras arrojadas por Deucalion se convirtieron en hombres, y las arrojadas por Pirra en mugeres.

La serpiente Piton. Despues del diluvio nació del vapor de la tierra una serpiente monstruosa llamada Piton; Apolo la mató á flechazos; y para perpetuar el recuerdo de su victoria instituyó los juegos llamados *Píticos*.

Apolo y Dafne. Apolo se había burlado de los tiros del amor, y este dios para vengarse le lanzó una flecha, que hizo se enamorase de Dafne, hija del río Peneo. Apolo, persiguiendo á la ninfa insensible á sus cuitas, ya estaba á punto de alcanzarla, cuando Dafne imploró el socorro de su padre que la metamorfoseó en laurel: desesperado el dios arrancó un ramo, y con él se hizo una corona y quiso que el laurel le fuese consagrado.

Júpiter é Io. Io, hija del río Inaco, fué amada de Júpiter, quien la convirtió en becerra para quitar á Juno el conocimiento del amor que tenía por ella. La diosa, habiendo penetrado el misterio y fingiendo gustarle la hermosura de esta becerra, se la pidió á Júpiter, y cuando la obtuvo la confió al cuidado de Argo, el de los cien ojos; pero este fué muerto por Mercurio, que le había hecho dormir con su flauta. Juno puso los ojos de Argo sobre la cola de su pavo real, é hizo furiosa á esta becerra, que despues de haber recorrido una gran parte de la tierra, se detuvo al fin cansada en las orillas del Nilo, donde Júpiter la devolvió su forma primitiva, y la hizo adorar bajo el nombre de Isis.

Pan y Sirinx. Sirinx, ninfa de Ar-

cadia, hija del rio Ladon, era una de las mas fieles compañeras de Diana; Pan llegó á enamorarse de ella y la persiguió; pero cuando llegó á las orillas del Ladon, y se encontró allí detenida la ninfa imploró el auxilio de las Niadas sus hermanas. Pan quiso entonces cogerla, y en vez de una ninfa

abrazó á las aguas. Se puso á gemir, y habiendo penetrado en los raudales el viento de sus suspiros, salió de ellos un sonido débil y como un murmullo quejoso, lo cual le dió la idea de arrancar algunos con los que formó aquella planta que llevó por nombre Sirinx.



HEBE.

Faeton, las Heliadas. Faeton era hijo del sol y de la oceanida Climena; no pudiendo sufrir la injuria que Epafro le habia hecho disputándole su nacimiento, suplicó al sol le concediese una prenda que atestiguase que efectivamente era hijo suyo: el sol juró por el Styx no negársela.

Faeton le pidió el permiso de conducir su carro por espacio de un día solamente; el sol se arrepintió enton-

ces del juramento que habia hecho; pero no pudiendo disuadir á su hijo de su temerario propósito, le confió su carro; sin embargo, Faeton no pudo dominar los caballos, que se salieron del camino ordinario, y tan pronto se elevaban hasta lo mas alto del cielo, como descendian á lo mas bajo de la tierra; temblaron las montañas y se desencadenaron los rios. Por eso los etiopeos desde entonces ad-

quirieron esa tintura negra que conservan todavía, y el Africa perdió su frescura. Júpiter, para remediar este desorden fulminó sus rayos contra Faeton, y le precipitó en el Euridan. Faetusa, Lampecía y Febea, hermanas de Faeton, aflijidas con la muerte de su hermano, vinieron á llorarle á las orillas del rio, donde las Niadas le ha-

bían sepultado: los dioses conmovidos de su dolor las metamorfosearon en álamos, y sus lágrimas se convirtieron en granos de ámbar.

Cicno, amigo de Faeton. Cicno, rey de Liguria, lloró la muerte de Faeton, su pariente, y su amigo, con una voz tan melodiosa, que se convirtió en el pájaro que lleva su nombre (*cigüeña*).



JUNO.

Calisto convertida en osa. Calisto, hija de Licaon, ninfa de Diana, se dejó seducir por Júpiter, y tuvo de él un hijo llamado Arcas. Habiendo Juno descubierto esta intriga, la convirtió en osa. Mucho tiempo despues, su hijo Arcas la encontró en una cacería, y ya estaba á punto de matarla, cuando

Júpiter le metamorfoseó en oso, y á los dos los puso en el cielo bajo la forma de la grande y la pequeña osa.

El cuervo. En su origen tenía el plumage blanco: descubrió á Apolo la infidelidad de la hija de Flegias, la bella Coronis amada de este dios, y á la sazón embarazada de Esculapio.

Apolo, en un arrebató de celos, le clavó una flecha, pero al instante se arrepintió de su venganza, y castigó al cuervo delator, convirtiéndole de blanco en negro.

Coronis convertida en corneja. Coronis, hija de Coroneo, huyendo las importunidades de Neptuno, recurrió á Minerva que la metamorfoseó en corneja.

Ociroe convertida en yegua. Ociroe, hija del centauro Quiron y de la ninfa Cariclea, no contenta con poseer la medicina que le habia enseñado su padre, quiso además vaticinar el porvenir de las cosas. Júpiter, para castigarla de su indiscreta curiosidad, la convirtió en yegua.

(Se continuará.)

APUNTES MORALES.

CONFESIONES DE UN ESCOLAR.

CAPITULO V.

(Continuacion.)

He aqui del modo que esto sucedió. En los establecimientos de educacion, y aun en los mas bien dirigidos, se descuida siempre, no sabemos por qué razon, á los niños que pertenecen á padres de oscura condicion; y esto precisamente sucedia en casa de don Vicente, y yo tenia por condiscipulo en mi clase á Eugenio Leblino, hijo de un zapatero. Una ó dos familias poseídas de una ridicula pretension, se habian admirado de que don Vicente permitiese tal cosa, y le manifestaron que no querian que sus niños se asociasen con el hijo de un zapatero; pero don Vicente era un hombre que ni aun el temor de perjudicar á sus intereses le obligaba á transigir contra sus deberes, y el cuidado de su propia dignidad; fingia no comprender las amenazas indirectas que le dirigian; y dos de sus discípulos mas ricos se fueron sin que don Vicente procurase detenerlos, de suerte que Eugenio Leblino quedó en la escuela sin saber lo que costaba á don Vicente su presencia. Un maestro es y debe ser solo el juez de sus discípulos, y como el niño esté bien educado y pertenezca á padres

honrados, debe abrirle las puertas de su establecimiento sin reparar en consideraciones sociales.

Por mi parte, debo confesar que Eugenio Leblino, aunque hijo de un zapatero, no tenia malas maneras, ni un lenguaje grosero, y si se le hubiese juzgado por su exterior, nadie creeria que pertenecia sino á una familia bien acomodada. En fin, él pagaba lo mismo que los demas alumnos, porque don Vicente era inflexible en este punto, salvo raras escepciones impuestas por las circunstancias. Mientras que ignoré la condicion de la familia de Leblino, jugué con él y le traté con la misma familiaridad que á mis otros compañeros; pero desde el instante en que por la indiscrecion de uno de mis camaradas supe de quien era hijo, me alejé ostensiblemente de él, no faltándome ocasiones de demostrarle mi desprecio con todo género de desdenes. El pobre muchacho, que tenia el alma bien puesta, sufrió sin duda esta cruel injusticia; pero tuvo sin embargo el noble orgullo de no pedirme esplicaciones sobre el particular, y viendo que yo le huia, él tambien se alejaba; pero mi mal carácter probó la paciencia de Eugenio.

Es indudable que con semejante sistema de educacion mis progresos eran muy lentos; pero Eugenio Leblino era por el contrario muy laborioso y aplicado. «Sé que mi condicion es in-

ferior á la vuestra, decia ingenuamente á sus camaradas; no puedo establecer la igualdad entre nosotros mas que por la superioridad de mi inteligencia, y por esta razon trabajo; no ha dependido de mi nacer hijo de un banquero ó de un agente de cambio; la Providencia ha querido que naciese hijo de un zapatero, lo cual no impide que ame y respete á mis padres.» Este lenguaje sencillo y noble á la vez, desarmaba la malignidad de mis compañeros, y conciliaba á Eugenio su afeccion y su amistad; pero yo le injuriaba, y le llamaba orgulloso é hipócrita. Cuando pasaba á su lado me acercaba á su oído y le decia: «¿Y el tirapié?» Al principio fingia no escucharme; esta moderacion me alentaba, porque yo la interpretaba debilidad suya. Un dia que quiso entrar en una parte donde yo estaba, me opuse á ello resueltamente, y como el me exigiese la razon, me contenté con volverle las espaldas diciendo: «¿Y el tirapié?» Los niños son casi siempre malignos, y á los mejores les gusta una chanza de este género, con tal que tenga algo de bufonada. Mis amigos se echaron á reir. Leblino palideció á la contemplacion de un insulto tan grosero, y se puso delante de mi y me dijo:

—Escucha, Ildefonso, hace ya mucho tiempo que no cesas de humillarme; creí que te pasase esa mania, y he fingido no escuchar tus tonterias; pero esto dura ya demasiado; yo no me avergüenzo de la profesion de mi padre, pero no quiero que pretendas avergonzarme, y si continuas lo vas á escapar muy mal.

—Primeramente quiero que vd. no me tutee.

—¿Señor marques! respondió Eugenio con acento burlon: se le dirá *usia*, si *usia* quiere; pero *usia* cesará de insultarme, ó llamándole *usia* soy capaz de llevar la irreverencia á punto de dar á *usia* una buena bofetada.

—Eso es lo que no se ha visto todavía.

—Pero se verá fácilmente cuando quiera.

—¿Piensa vd. amedrentarme?

—Yo no quiero amedrentarle; digo que le daré una buena bofetada y lo haré como lo digo.

—¿Quiere vd. callarse, insolente? exclamé enfurecido al oír las amenazas de Eugenio.... ¿Y el tirapié?....

No habia acabado de pronunciar esta última palabra, cuando senti en mi rostro un grande bofetón, cuyo castigo fué acompañado de un puntapié dado donde vds. pueden imaginarse.

El vigor de Leblino no me permitió vengarme, corrí al aposento de don Vicente lanzando gritos como si me hubiesen roto alguna pierna.

—¿Qué sucede? me preguntó el maestro tranquilamente; ¿le han sacado algun ojo?

—No señor: Leblino acaba de pegarme una bofetada y un puntapié, y la vergüenza me impide decir donde le he recibido.

—Esto me admira. ¿Qué le ha hecho vd.?

—¿Yo?... nada: todos mis compañeros pueden decir á vd. que yo no le he tocado.

—Está muy bien. Vuelva vd. al recreo, y despues hablaremos.

Me retiré encantado, porque conocia la severidad de don Vicente hacia los discipulos que se permitian levantar la mano á sus camaradas, y creí que Leblino se arrepentiria de lo que habia ejecutado. Apenas entramos en clase cuando don Vicente se presentó.

—Hoy, nos dijo, ha pasado aquí un hecho muy grave y que me ha llenado de pesar; ya vds. adivinarán de lo que voy á hablar. Leblino, vd. sabe el castigo que se impone al discipulo que pega á otro. Yo he presenciado vuestra pendencia desde mi ventana, y no he querido intervenir para conocer el caracter de vd. y el de Barrientos; usted ha sido paciente, Leblino, y le alabo por ello, pero no lo ha sido bastante, porque ha infringido la disciplina dejándose llevar de la violencia que no le exigia ni aun su seguridad personal. Sin embargo, he conocido que usted no ha sido el agresor.

—Señor maestro, yo le aseguro á vd. que no le he tocado.

—Cuando dije que lo habia visto

todo desde mi ventana hubiera debido añadir que lo había escuchado. Hay palabras que hacen heridas mas crueles que las armas porque penetran en el alma dolorosamente. El verdadero agresor es vd., Ildefonso; no me interrumpa y escúcheme silencioso, y con la modestia y la humildad que conviene. Vd. ha sido á la vez tonto, malo y cobarde. Leblino por haber pegado no jugará en las horas de recreo por espacio de ocho dias, y usted, Ildefonso, tambien por espacio de ocho dias; al entrar por la mañana en clase, antes de sentarse en su puesto, se dirigirá á sus compañeros y les dirá humildemente: «Amigos míos, soy un orgulloso lleno de defectos, sin corazon y sin inteligencia; perdonenme vds. el mal ejemplo que les he dado y tengan compasion de mí.» Para que vd. sepa como ha de decirlo, quiero que lo repita todo delante de mí.

Don Vicente me obligaba á hacer esta confesion delante de todos mis condiscipulos; yo me ahogaba de despecho y de cólera, y estaba encarnado como una grana, y mis lágrimas, que en vano me esforzaba en detener, inundaban mi cara. Titubeé un momento en obedecer; pero don Vicente era uno de aquellos caracteres firmes, con los cuales no se puede luchar; temí negándome á obedecer que el asunto se pusiese peor y quise evitarlo, en su consecuencia obedecí temblando, y murmuré mas bien que pronuncié las frases que me dictó. Pero como yo me volviese á mi asiento confuso y humillado, la voz de don Vicente me detuvo otra vez. «Ruegue vd. politicamente á Leblino que le perdone su agresion,» me dijo. Esto es lo que no pude soportar, y ocultando mi rostro con el pañuelo prorumpí en amargos sollozos. Don Vicente esperó á que la primera esplosion produjese su efecto, y en seguida se dirigió á mí con el mismo acento de firmeza. «Barrientos, me dijo, haga usted lo que acabo de mandarle.» Fué preciso ejecutar sus órdenes.—Cuando concluí, don Vicente se dirigió á Leblino y le dijo: «Esprese vd. su sentimiento á Barrientos por haberle

pegado, y pídale vd. que le perdone.» Leblino no puso dificultades, y levantándose al instante me cogió la mano diciéndome: «Ildefonso, yo me arrepiento de haberte pegado, y te aseguro que no me sucederá mas aun cuando me hagas rabiár otra vez; yo quiero que tú me perdones, ¿lo harás?»

Yo deberia haberme conmovido al ver esta noble manera de obrar, y ser desde entonces el mejor amigo de este buen muchacho; pero mientras se mostraba mas superior á mí, mas se revolucionaba mi orgullo interiormente. Como no le respondia nada, don Vicente volvió á tomar la palabra.

—¿Vd. no responde á su compañero? me dijo.

—Si señor, le respondí; yo le perdono.

—Está bien; pues en señal de reconciliacion abrácense ustedes.

En este momento hubiera querido estar cien varas debajo de la tierra. ¡Oh! qué sensaciones tan estrañas experimentaba mi corazon; sin embargo, obedecí y abracé á Leblino, aunque rabiando interiormente.

¡Qué vergüenza! pero hé aqui á lo que nos espone nuestro orgullo. Cuando me senté en mi sitio crucé mis brazos sobre la banca, y oculté la cabeza derramando lágrimas de despecho, de cólera y de vergüenza.

Cuando entré en mi casa llevaba la cara sucia, los ojos hinchados, y los labios pálidos como la cera; mi mamá se conmovió al verme.

¡Oh! Dios mío, mi pobre niño, exclamó... ¿Qué tienes, Ildefonso? ¿Estás malo?

—No, la respondí como un niño mimado, sino que don Vicente me ha tomado ojeriza; yo estoy muy mal en esa escuela, y me ha dicho que yo seré bueno cuando sea hijo de un zapatero.

Ví que mi madre se ruborizó, pues herí la cuerda que mas vibraba en su corazon; esto es, su amor maternal y su orgullo aristocrático; pero tuvo la grande habilidad de saberse contener en mi presencia, mas no le sucedió lo mismo á mi abuelo. Antes que hubiese acabado de espresar su pensa-

miento, me mandó que me fuese al aposento de madama Victorina; pero yo, curioso como todos los muchachos, y especialmente cuando se trataba de mí, al salir tuve buen cuidado de no cerrar la puerta, y me puse á escuchar, pues estaba interesado en saber lo que iba á pasar. Don Higinio acusó primero á mi maestro de haber faltado á su deber, dijo que era un liberal revolucionario, amigo de la igualdad, y qué se yo cuantas cosas mas. Dijo que no se me debía dejar ni veinte y cuatro horas mas con semejante maestro, y yo me moria de gusto al oír hablar así á mi abuelo.

Mi madre, sin exaltarse tanto en sus palabras, fué de dictamen que no se le dijera nada al maestro, pero que yo no volviese á su escuela.

Ya iba á terminarse esta conversacion, cuando entró mi tío Justiniano que habia oído las últimas palabras; pidió esplicaciones, y lejos de vituperar la conducta de mi maestro, elogió su franqueza, y manifestó que yo habia merecido toda esta humillacion para castigar mi natural orgullo.

Mi madre y mi abuelo escucharon á mi tío, y como este tenia tanta influencia en la casa, quedó convenido en que yo continuase en la escuela de don Vicente. Esta decision me desconcertó, y no pude menos de hacer un movimiento, de modo que la puerta que yo sujetaba con la mano se meneó; mi tío vió la puntas de mis dedos, y mi curiosidad fué cruelmente castigada. El general tenia la costumbre de andar á grandes pasos de un extremo á otro de la sala por poco animada que fuese su conversacion;

ya por dos veces se habia puesto á dos pasos de distancia de la puerta donde yo estaba, cuando de repente se cierra la puerta, y mis dedos quedaron entre las dos hojas; lancé un terrible grito, pero temiendo que me vieran, me fui al cuarto de mi aya. Esta, al verme llorar, examinó la causa, y me alivió el dolor, aplicándome no sé qué cosa que sacó de un botecito de cristal. Cuando estábamos comiendo, me pareció que mi tío Justiniano fijaba su vista sobre mis manos. ¿Seria verdad, ó una suposicion mia? Hubo un momento en que esta fijeza llegó á ser tan grande, que enrojecí y creí entonces distinguir una sonrisa en el semblante de mi tío.

Al dia siguiente volví á la escuela de don Vicente, y fué menester antes de entrar en clase, hacer en voz alta la confesion humillante que se me habia impuesto. Aunque me habia rebelado contra el castigo porque heria mi orgullo en mi interior, hacia justicia á la noble imparcialidad de mi maestro, y desde entonces cesé de tratar con desprecio á Eugenio Leblino y procuré hacerme amigo suyo; siempre estaba su nombre en mi boca, en casa de mis padres, y no cesaba de pronunciar frases tales como estas. «Aunque hijo de un zapatero, Leblino es un chico muy distinguido; pero en todo esto habia cierta malignidad.» Buscaba las espresiones mas triviales y feas para achacárselas á Leblino... En fin, Eugenio era el editor responsable de todas las malas espresiones que yo procuraba reunir para malquistarle indirectamente en mi casa.

(Se continuará.)

JUAN FRANCISCO EL INDEPENDIENTE.

NOVELA INFANTIL.

§ III.

(CONTINUACION)

Distintas cosas mediaron los dias

siguientes: los dos hermanos tuvieron que hacer su servicio; fué menester lavar el puente, limpiar los camarotes, colgar la ropa lavada, y todo esto á la hora prefijada y á la primer insinua-

cion de los superiores. Juan Francisco resistió, pero las correas hicieron su oficio; entonces se rebeló contra este castigo y quiso devolver los golpes que le daban, mas le ataron á un palo y le azotaron despiadadamente.

El capitán Ribera habia en un principio protegido á los dos hermanos, pues á sus primeras quejas se habia contentado con reprenderlos, amonestándoles que en adelante fueran mas obedientes; pero cuando vió que continuaba la indocilidad, y esto podia dar mal ejemplo á los demas, los entregó á todo el rigor de la disciplina náutica.

Resultó para Juan Francisco una serie no interrumpida de castigos, de los cuales, algunos participó Pablito de rechazo, por lo que ambos se acordaron en mas de una ocasion de las reprimendas de su tío y de las penitencias de su maestro de latinidad. Sin embargo, Juan Francisco era muy orgulloso para confesar ingenuamente su falta, y solamente juró aprovecharse de la primera ocasion que se le presentara para huir de las correas del señor Flocho: desgraciadamente esta ocasion era difícil que se presentara tan pronto.

Por otra parte, la vida dura y activa que esperimentaron los dos hermanos, lejos de perjudicarles, habia desarrollado sus fuerzas; Juan Francisco llegó á ser hombre, y el mismo Pablo que habia adquirido en gordura lo que le faltaba de estatura, parecia, segun el señor Flocho, una ancha caldera de rancho.

El capitán Ribera estaba encargado de corregir muchos puntos que estaban dudosos sobre las cartas marítimas, y su viage de circunnavegacion debia durar muchos años. Ya hacia cuarenta meses que bogaba en alta mar *la Felicidad*, cuando echó el ancla delante de una pequeña isla muy poco conocida. El capitán Ribera habia distinguido con su anteojó de larga vista un arroyo que desembocaba en el mar y resolvió penetrar en él.

Armóse en su consecuencia la chalupa, y los dos hermanos compusieron parte del destacamento que se enviaba á tierra; se les prohibió espresamente

que se separasen de la playa; pero Juan Francisco se curaba bien poco de estas prohibiciones, cuando el deseo ó la curiosidad le impulsaban á ejecutar lo contrario, de suerte que aprovechándose del momento en que el señor Flocho se ocupaba en trasportar ciertos utensilios de un lugar á otro, se escapó con su hermano, y se ocultó con él entre las enormes piedras situadas en el interior de la isla.

Encontraron mas adelante un valle muy espeso y lleno de árboles desconocidos: anduvieron por allí algun tiempo, y despues, arrastrados por la curiosidad, atravesaron una nueva llanura, y penetraron en otro valle de mas estension, con muchos árboles regados por un arroyo.

Ya se decidian á retroceder, cuando volviendo por un bosque de tamarindos, distinguieron de repente una porcion de chozas confundidas entre los árboles.

Quedaron detenidos á vista de este espectáculo, no sabiendo qué hacer, si quedar ó retroceder; mas antes que hubieran podido tomar una decision, oyeron un grito á cierta distancia, y vieron poco despues una muger jóven salvaje que llevaba un niño de la mano.

Su vestido se componia de una especie de zagalejo de tela de algodón, y de unos borceguies formados con los pelos de alguna piel, hábilmente tejidos; dos anillos pendian de sus narices, y un collar de cuentas variadas, brazaletes ó plumas completaban su adorno.

El grito que ella habia lanzado al aspecto de estos dos estrangeros, era de sorpresa mas bien que de susto: al verlos inmóviles se adelantó vagamente hácia ellos, y dirigiéndoles la palabra en una lengua desconocida, pero dulce, cogió sus manos, y las puso sobre su cabeza.

Francisco es indudable que hubiera querido comprender y contestar, mas todo lo que pudo hacer, fué tomar al niño que la jóven negra habia dejado en el suelo, y besarle.

Sin embargo, el grito de esta muger se habia oído en las otras cabañas, y

los dos hermanos se vieron bien pronto rodeados de mugeres que los contemplaban con una sorpresa mezclada de alegría y de admiración.

Pablo y Francisco experimentaban cierto embarazo mezclado de curiosidad; pero lo que especialmente los admiraba era el no distinguir ningun

hombre. Con todo, bien pronto tuvieron la esplicacion de esta singularidad, al oír por otro lado un gran ruido: eran los guerreros de la tribu que regresaban de la caza.

El gefe, que ya venia advertido, entró al instante en la choza; los dos hermanos se levantaron sin saber lo que



MUCERES DE CARUGAS.

les iba á suceder, pero el gefe no los dejó mucho tiempo en esta incertidumbre, pues adelantándose hacia ellos con una mano estendida y con la otra sobre el pecho, pronunció con acento confuso algunas palabras que los hermanos creyeron comprender.

—¡Dios mio! ¡Habla español! gritó Pablo estupefacto.

—Si, si, español, respondió con viveza el gefe dándose en el pecho..... Español, Daniel, repitió; Ove, hijo de Daniel. Pablo y Juan Francisco se mi-

raron sin saber lo que les iba á decir; fué necesario muchas esplicaciones del gefe salvaje. Ultimamente, creyeron comprender que un marinero español, llamado Daniel, habia en otro tiempo abordado á la isla; que habia hecho alianza con una tribu, á la que habia reportado grandes servicios, y de la cual era el gefe; el que le hablabá era un hijo adoptivo y su sucesor.

Ove añadió que el Gran Espiritu, se habia amistado con los *carugas*, puesto que les enviaba de nuevo dos her-

manos blancos que les enseñarían muchas cosas nuevas y los ayudarían a vencer á sus enemigos.

En seguida se volvió hácia las mugeres y les dió órdenes; estas salieron y pronto volvieron á presentarse trayendo esteras que estendieron en el suelo, y calabazas llenas de comida, algunos frutos y pescado salado.

Los dos hermanos se miraron, no sabiendo si debían aceptar la comida que se les presentaba.

—¡Al diablo, el gato de las nueve colas, gritó por último Francisco. Que volviésemos ahora ó mas tarde, el señor Flocho por eso no dejaría de castigarnos, de consiguiente quedémosnos; la ocasion de comer con los salvajes no se presenta todos los dias.

De consiguiente se sentaron en el sitio que se les indicó y se pusieron á comer alegremente. Ove volvió á hablar de su padre Daniel; les refirió como éste se habia casado en aquella tribu, y como le repetía continuamente que los hombres blancos eran menos felices en su pais que los *carugas*. Les elogió, con el orgullo propio de los salvajes, la fertilidad de la isla, que abundaba en frutos y en caza; la destreza de las mugeres para fabricar las telas de algodón, y la libertad de que gozaban los *carugas* en sus estensos bosques.

A medida que las calabazas de *ouïcou* (1) se vaciaban, su descripción iba siendo mas brillante, y los dos hermanos la escuchaban con mas interes. El licor fermentado del *manioc* comenzaba á producir sus efectos sobre Juan Francisco, cuando Ove, volviéndose hácia la jóven negra, que habia distinguido primero que nadie á los extranjeros, le mandó entonar el canto del *carugas* á sus huéspedes.

Esta puso su hijo en tierra, se sentó á su lado, y poniendo las manos sobre sus rodillas con una gracia modesta, comenzó á cantar con una voz monótona, pero dulce, lo siguiente:

«Jóvenes, coged vuestras flechas y perseguid al tatan; tended vuestras redes en el arroyo, pues hay en nues-

tra tierra un huésped que le gusta la carne del pescado.

«Niños, sumergios en las olas con una piedra en cada mano, ó conducid cerca de la cascada al fiero animal que vosotros habeis domesticado, pues hay un huésped que quiere verle.

«Y vosotras muchachas, cantad alegremente, agitando la calabaza llena de mariscos en salmuera, y bailad alegremente como las olas del revoltoso mar.

«Y todos juntos: digamos al huésped que se quede bajo nuestro techo hospitalario, y que escoja una muger de nuestra tribu.

«Pues los *carugas* son entre los hombres semejantes al *mancefeuil* (1) entre las aves: la tierra es para ellos, y ellos son sus dueños.»

La jóven negra cesó de cantar, y los gritos de entusiasmo que la aplaudían resonaron en la cabaña. Exaltado por el *ouïcou*, Juan Francisco gritó mas alto que los demas, y volviéndose hácia su hermano:

Mira aquí una gente feliz, Pablito dijo. Al menos duermen, comen, beben y se pasean cuando les acomoda.

—Si nosotros nos quedásemos con ellos, dijo Pablo que estaba medio borracho.

—¡Para ser independientes! ¿no es verdad?

—Y para huir de la correa del señor Flocho.

—Decide, Pablito.

—Hagámonos salvajes, Juan Francisco.

—Sea, exclamó este levantándose No haya miedo. Queremos ser verdaderos *carugas* para que la tierra nos pertenezca, y que seamos dueños de ella.

Cuando Ove conoció la decision de los dos hermanos, manifestó una grande alegría, así como el resto de la tribu. Trajeron nuevamente *ouïcou*, y la orgía continuó hasta que todos cayeron tendidos sobre la estera.

(Se concluirá.)

(1) Ave de rapina.

(1) Cierta licor que beben los indios.